

PREMIO
IBEROAMERICANO
DE POESÍA
PABLO NERUDA
2024



Tiempo de guarda

Rosabetty Muñoz Serón



PREMIO
IBEROAMERICANO
DE POESÍA
PABLO NERUDA
2024

Tiempo de guarda

Rosabetty Muñoz Serón

Rosabetty Muñoz Serón

Premio Iberoamericano
de Poesía Pablo Neruda 2024



NACE EN ANCUD, CHILOÉ, en 1960. Es profesora y miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Ha publicado los siguientes libros de poesía en diversas editoriales del país, varios de ellos con reediciones nacionales y extranjeras: *Canto de una oveja del rebaño* (1981), *En lugar de morir* (1986), *Hijos* (1991), *Baile de señoritas* (1994), *La Santa. Historia de su elevación* (1998), *Todas en mí* (plaquette, 2000), *Sombras en El Rosselot* (2002), *Ratada* (2005), *En nombre de ninguna* (2005), *Ligia* (2019), *Técnicas para cegar a los peces* (2019), *Santo oficio* (2020) y *La voz de la casa* (2021).

También ha sido considerada en más de una veintena de publicaciones antológicas. Entre sus antologías personales editadas en Chile y otros países podemos destacar *Polvo de huesos* (2012), *Hay ovejas y ovejas. Breve antología personal* (2015), *Chiloé, ovejas en la memoria* (2016), *Misión circular* (2020), *Poesía en breve* (2020), *La dicha del agua* (2023), *Poesía reunida* (2024), *Ísola Sacra* (2024), *Ligia/En nombre de ninguna/Ratada* (2025).

El detalle de estas y otras publicaciones se encuentra en la bibliografía de este libro.

Algunas distinciones que Rosabetty ha recibido por su trabajo: Premio Pablo Neruda por el conjunto de su obra (2000), Beca Fundación Andes (2000), Premio Consejo Nacional del Libro por *Sombras en El Rosselot* como mejor obra inédita (2002), Premio Regional de Arte y Cultura de Los Lagos (2012), Premio Altazor por *Polvo de huesos* (2013), Premio Manuel Montt por *Ratada* (2018), Premio del Círculo de Críticos de Arte por *Misión circular* (2020), Premio Municipal de Literatura de Santiago por *Técnicas para cegar a los peces* (2020-2021), Premio Atenea por *Santo oficio* (2021), Premio Nacional de Poesía Jorge Teillier (2022) y el recientemente otorgado Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda (2024).

Tiempo
de
guarda



Ratada

(2005)

Mi madre dice que cuando uno tiene una
pena muy grande o mucho miedo, se le llena
la cabeza de piojos. Ella lo ha visto: todos esos
bichos están dentro de uno, eso dice.

(EN ESAS PLAYAS)

Aquello que se azota en lontananza
como un gusano partido en dos,
ese oscuro caserío, borroso aún,
te hace saltar el corazón
porque ya sabes o intuyes:
ahí dejarás buena parte de tus días.

En esas playas
todo termina por secarse.

(HUELE A ESENCIAS)

No esperen una postal amable
de este pueblo de mierda.

Aparte del mar encabritado
además de las ratas
devorándose entre ellas,
aún después de los cadáveres;
el asunto huele a esencias engañosas.

Para estar aquí
hace falta estar vencido.

(NADA LES ILUMINA MÁS)

Ningún movimiento en el follaje.
Ni pájaros baten alas
ni suena el río en su tajo.

Se diría un cristal enverdecido
esta tarde ardiente.

A orillas del mar
soldaditos montan
a las chicas del pueblo
mientras espían los hijos
de contingentes anteriores.
Son niños sin barcos
cruzándoles las pupilas.
Nada les ilumina más
que el hallazgo de una rata viva
a quien sacarle los ojos.

(AY SU BISTURÍ)

El doctorcito y su bisturí
besando a orillas de la playa.

(promiscuidad de las playas
tantísima variedad de acoplamientos)

Abrazos urgentes en la arena
envases vacíos botellas bolsas.
El deseo peleando su lugar
contra el pelaje gris que se extiende.

Ay su bisturí.
El pantalón del doctorcito
su abotonadura a punto
de reventar.

(RUMOR DE CARNICERÍA)

Despierta el pueblo
en su gris acostumbrado.

Rumor de carnicería
y sangre goteando desde las presas.

Tras el vidrio enrojecido,
tras el filo del cuchillo,
un gesto dulce atraviesa la calle
y se deshace, mínimo
en la espesura del aire.

(AL OLOR DE LA DESGRACIA)

La aridez de las huertas
terminó por cansar a todas.
Nada, ni las zanahorias
crecían en ese pedregal.

Partirse el lomo
por un puñado de cilantro.

¿Y las flores?, dirán.
¿Y esas dalias enormes como árboles?
No me recuerden a esas carnívoras.
Parecía que lustraban sus pétalos
al olor de la desgracia.
Crecían,
se abrían
movían sus estambres
a medida que íbamos cayendo.

(PENDONES DEL DESEO)

Se cuelga trapo azul en una estaca
para que no se extravíe el amado.

Un abrazo clandestino se prepara
cruza cercas, arriesga pie en los zanjones,
espía las entradas de las casas.

(miran hacia otro lado los vecinos
para todos hay señal de acoplamiento)

Pendones del deseo agitan sus hilachas.
Cada mujer
lleva un pañuelo de colores
entre los pechos.

(RIEGAN SUS DALIAS GIGANTES)

Un espeso olor a semen
se descuelga de los techos,
escurre y se apoza
en la puerta de ciertas casas.

Las esposas sorprendidas en adulterio
riegan sus dalias gigantes.
Simulan no oír / no oyen
el insistente golpear del hacha
en el patio trasero.

Hay días en que se puede caminar
sobre el odio endurecido.

(SU BOTÓN)

Es tiempo de celo.

Perro y perra en medio
de los tarros basureros.
Montado el macho
chillando ella espantada
de la jauría que se acerca.

La vaca amarrada contra el cerco:
embestida y alambre de púas.
Jovencitos restregándose
debajo de la escalera.

La más bella se prodiga
con los soldados de guardia.
Innumerables cadáveres consumidos
en su orificio tremendo
su abotagado sexo
su botón.

(LA FUERZA DEL VIENTO)

Tantas veces la fuerza del viento
en ráfaga iracunda y el agua
desclavaron rompieron.

(cuando todo es oscuro
apenas se respira
contraídas las carnes)

Esperábamos al clarear
un pueblo otro.

Pero las calles humeando iguales
bajo un sol descolorido.
Los mismos ojos lanzados
 como piedras.
Idénticas gallinas picoteando sobras
y niños jugando en las acequias.

(HAZAÑAS Y CARRETERAS)

Tiempos hubo en que deseamos
ser conocidos por hazañas
carreteras espléndidas
viajes descubrimientos.

Pero aquí agonizan jovencitas
y niños muertos nos sobrevuelan.

(FINOS CUCHILLOS)

La ventana se fue incrustando
musgosa en los bordes.
Y ahora soy cerro
—cuerpada amenazante—
mi sexo: este río a borbotones.
Donde otrora estuvo la risa
oyes derrumbes íntimos de piedra.

Coronada, al fin, con alba joya;
nadie reverencia esta belleza.

Desde los ojos,
finos y helados cuchillos
se descuelgan.

(DE ESPALDAS AL PUEBLO)

Esta mujer, a veces, adolece de odio
y está dispuesta a internarse
en la acidez del paisaje.

De espaldas al pueblo, afila uñas
y alza sus manos en amenaza.

(HINCHADOS DE BIENESTAR)

En aquellos atardeceres lunares
cuando isla y peñascos
unían sus durezas,
recogíamos los pies
yéndonos en la dulzura de volar.

(a tan baja altura
se arde en deseos de subir
elevarse en planos rasantes
esquivando antenas de televisión)

Hinchados por el bienestar
reblandecidos
ofrecemos el costado
a cualquier muchachito
con su honda en ristre.

(FLAMEAN TRAJOS AZULES)

Ocorre que, mirado desde arriba,
seduce este camino: un hilo entre el verde
que desemboca en el pueblo abandonado.
Un aviador italiano, alguna vez,
bajó en la playa y se quedó para siempre.
Ahí, el fuselaje parchado, las cortinas
la herrumbrosa puerta de emergencia.

El caso es que las dalias voltean
lado a lado, engatusando
y flamean los trajes azules.
Un aire cargado de suspiros, te lo advierto,
producirá esa inquietud en el bajo vientre
y querrás bajar, oh sí.

(Así me lamía la rata
me lamía ella, saboreando).

(ALTARES DE LA MEMORIA)

Elevo este amor sobre los hombros
(no es que valga la pena
igual se iba acabando).

Otras, desde el muelle,
empujan balsas tapizadas de rojo;
altares ardientes
cargados de fotografías, abalorios,
objetos sagrados de la memoria.

Cenizas de amores anémicos
caen en silencio sobre el pueblo.

(ENTREGADOS A LA FATALIDAD)

Bastaba, en tiempo propicio,
abrir la ventana y oler
el cilantro que crecía.

Pero las uñas ya empezaban
a rasgar el entendimiento
y perdía uno valioso tiempo
en temer.

Entregados a la fatalidad
desde antes.
A su aura.

(SE ENCABRITA EL MIEDO)

Si la pasión no gobierna,
si no es el cometa ardiente que nos ciega,
entonces, el bienestar:
un sarro en el alma.

La mirada cae en escamas
y un moho apenas perceptible
se acumula en la juntura de los dedos.

Sudamos este mal.
Nos humedece las palmas
mientras se encabrita el miedo
anunciando el zarpazo.

(ANGELITO VOLADOR)

Rotura de tu cielo.
Mi cielo anillado.

Cuello que debo quebrar
cuerpo escondido tras las matas
perros que festinan el hallazgo.

Angelito volador, te me apareces
todos los días a las seis de la tarde.
Y ánima que velan las vecinas.

(SE TRIZA EL MUNDO CONOCIDO)

Primero fue una trizadura
en el mundo conocido.
Y luego, el hueso expuesto
la sangre detenida,
cadáveres sosteniendo
pocillos de cloro
en el hueco de la mano.

Todavía despierto
agarrada la cabeza
el ojo hermético.
La palabra dispuesta a retener
este mundo en descalabro.

(VINIERON A REMATAR LAS RATAS)

Afuera, el pueblo estacionado.
La misma señora en zapatillas
cruzando a comprar
con la chauchera en la mano;
el mismo taxi
salpicando agua sucia,
niños escarbando con un palo
las pozas de la calle.

La imperturbable estatura
de los cerros.

Solo en el páramo interior
se acumula el devenir
y el cuerpo escupe rictus,
arrugas, agarrotar de huesos.

Tuvieron que venir a rematar las ratas
porque esto iba para largo.

(EL DIENTE FILOSO DE LA RATA)

Hay ojos que brillan bajo el polvo
y dentro de las casas derruidas.
Destellos
breve fulgor en este pueblo
que merece el hastío.

En sueños, el paisaje esplende
pero la costumbre
agazapada detrás de las puertas
anticipa el miedo.
Miedo de que a esta vida de privilegios
la empiece a roer por una esquina,
la filosa aguja de la rata.

(ANGUSTIA QUE GOTEA)

Y era esto lo que preñaba
a la vaca enorme.
Esta, la angustia goteando,
el odio a la estufa, al letrero luminoso,
la taza estrellada contra el suelo
los desperdicios
constantes infecciones en los ojos.

De ahí el afán premonitorio,
como adivinar qué canción
iban a dar en la radio o quién
golpeaba la puerta
o por qué iba a llorar el martes.

Soñé funerales y sufrí en todos
de doliente.

Era esto.
A todo color, en pantalla gigante:
el alma y su fractura
comida
saboreada por las ratas.

(TAN ENORME PLAGA)

Tan enorme plaga que las madres
no dejaban salir a los niños.
Perros y gatos se escondían.
Poníamos paños húmedos en las puertas
para que no entren las ratas.
Se caminaba entre lauchas.

Se hicieron canales profundos
para aislar las casas.
Tambores. Hoyos con tiestos de cloro.

En su agujero, la rata
—peladura en el lomo—
mira lado a lado enferma
también por la náusea del exterminio.
Se comió a todos los suyos
y ahora trepa por el respaldo
de esta silla.

(CUÁNTO ENLOQUECE TU SABOR)

Abandono sin probar
cuánto enloquece tu sabor.
El muro de contención tiene fisuras
y siento en el pezón aire caliente.
Borroso ya tu hueso omóplato
esos nudillos.

Siguen entrando las ratas.

(A LA HORA DEL JUICIO)

Don José en primera fila
gritando a voz en cuello
«esto es el castigo
por todos los polvos
que me eché con la virgen».

Recuentos a la hora de la muerte.
Tristísimo don José
engominado y con su terno brillante
de profesor primario.

(Y SOBREVINO EL OLVIDO)

Bebí también del pozo envenenado
y sobrevino el olvido.

Hirviente el suelo.
Muchos miles, grises, chillantes.

Las señas mezquinas
del pecado. Su marca.

(UN TIEMPO QUE SE ACABA)

Insistente bramido de vacunos
rebotando en los troncos del bosque.

(eso que parecen vacas
son sierras que talan,
el quejido es de los árboles)

Mean las bestias aterradas
fijando límites
 marcando presencia
en este territorio
 que se acaba.

(MORDIDAS EN EL BORDE DE LA HOJA)

Islas de ratas en los lagos.
Ratas comiéndose las cosechas
las gallinas, la corteza de los árboles,
entre ellas
y las papas, manzanas,
todo
hasta los cerdos encerrados en su corral.

Mordidas finas, persistentes
en el borde de esta hoja.

Entonces,
un fuego obligado cae sobre los cuerpos.
Chisporrotean en alta llamarada
cerros de pelo
(ese olor sobre el pueblo).

(SEÑALES INÚTILES AHORA)

Inclinado alrededor del cadáver
el grupo se cierra en rosario monocorde.
Uno a uno se enumeran indicios:
panes quemados en el horno
quebrazón de platos
pájaros ahogados en el pozo.
El súbito aguacero
sobre la ropa colgada.

Boyas inútiles a esta hora.

Y ya atentos a la amenaza
se palpan, disimulados,
celebrando el calor de estar vivos.

(EL AVIÓN EN LLAMAS)

Como pájaro agorero
el avión en llamas fue a caer
en medio de la plaza.

Ala negra rozando las cabezas.

Luego de las lágrimas los pésames
del penetrante olor a dalias,
los dolientes se llevan asientos
relojes perillas restos de fuselaje.

Vaciado ya, aún palpitante
exhibe el vaticinio que lo trajo:
todas esas ratas trepándole
la nervadura.

(VENCE LA PEQUEÑEZ)

Las vulgaridades en tropel
agitando sus pequeños dientes
hacen presa de los hijos menores
plenos de carne, huesos tibios.

Flamean restos de papel plateado.
Se descascaran las fachadas de las casas.

Majestad que nos falta, también,
a la hora de caer afiebrados.

(TAL VEZ OTRAS CIUDADES)

La gracia ha de caer en llamaradas
sobre las ruinas
sobre cada árbol, cerro, hendedura.
Un santo oficio sobre la naturaleza.

Y tal vez mi cuerpo
con sus grietas y copas
se levantará otra vez.
Armaríamos entonces, otras ciudades:
estas tan frágiles hicimos.

(HASTA LAS RATAS HUYEN)

Crucé la plaza atormentada.
Ninguna huella de la santa.
Hasta las ratas huían
del temporal en pleno aumento.
Y un torbellino de hojas
arrancadas del suelo
dificulta la vista.

A lo lejos
una figura suspendida en el aire
(no puedo asegurarlo).

Lo último que veo
entre pestaños desesperados
es un letrero en la ventana miserable
«Dios ama a esta familia».



En nombre de ninguna

(2005)

ÁLBUM FAMILIAR

[muñecas]

ESTA, LA DE LA FOTO, es la misma que jugaba con su muñeca todo el día y en la noche la arrojaba para que no sienta frío ni miedo. Se resistió a tirarla cuando perdió un ojo. Siguió negándose cuando cayó sobre la estufa y se quemó el brazo de goma. Y cuando se le apelmazó el pelo. Y cuando quedó con una sola pierna.

Es la misma. Sin señales de pena, posa con los restos del recién nacido sobre los trapos con los que limpió el piso.

TODAVÍA ESTÁS AHÍ, agazapada con el dedo en la boca (ahora, de adulta, llama la atención ese pulgar pálido y delgado). Obligada por la circunstancia, escondí a la Yoya en agosto y te ayudé incluso a buscarla por cada rincón de la casa. Entre lágrimas dormiste tanto tiempo. Tal vez por eso, cuando apareció bajo el árbol de Navidad con ropa nueva y recién pintados los ojos, la miraste sin tocarla e iniciaste desesperada el rito incansable del dedo.

(Ya había experimentado con dejar objetos ocultos. Objetos que me causan placer. Hacía un esfuerzo por olvidarlos para hallarlos de pronto, inesperadamente. Ejercitaba el perder y recuperar pero trampeaba con los tiempos, escamoteaba la posibilidad de la pérdida total, definitiva).

EL APARADOR MUESTRA casi todas las muñecas que llegó a tener. Relucientes, de vestidos nuevos; solo el polvo acumulado da cuenta del tiempo. Las repisas están lo suficientemente altas como para que no las alcance una niña y, como se puede apreciar, ambas entradas al cuarto están cerradas con llave. Las ventanas, eso sí, son amplias; las más grandes de la casa. Ella podía, cada vez que quisiera, arrimar una silla y contemplarlas con el rostro pegado a los vidrios.

CUANDO CAYÓ SU MUÑECA al pozo séptico a ella misma le cubrieron la nariz con un pañuelo impregnado de colonia y la bajaron amarrada de la cintura para rastrear entre la mierda de los suyos. Después tuvo que refregar el amasijo de plástico y sacarle brillo a los ojos de vidrio. Y después lavar la ropa, lavar la ropa toda, toda la ropa. Y todavía más tarde, escarbar con una astilla debajo de las uñas donde el olor se concentró para siempre.

ME ACUERDO DEL DÍA que vinieron a pedir mi vestido de primera comunión. Permanecía guardado, envuelto en un género también blanco porque lo habían bordado las monjas del hospital y mi mamá demoró meses en pagarlo. Fui con ella al velorio y ahí estaba. Arriba de la mesa habían instalado una silla y, entre cojines, acomodaron al angelito con mi vestido puesto. Aunque le arreglaron el pelo con mi toca de flores rosadas, igual uno se daba cuenta de la verdad por su cara de cera con los ojos cerrados y los labios violeta. Parece que le habían pintado dos círculos encarnados en las mejillas. No lloré por el miedo a morir, como pensó mi madre, sino por el olor a entierro, cómo iba a sacárselo.

PIDIÓ POR SEMANAS el crujiente vestido a cuadros de brillantes colores y muy amplio. Con él puesto, se sentaba frente a la casa sobre una estufa de cancagua rota que tapaba estirando el ruedo de la falda. Así, tiesa y orgullosa, como heroína de novela, esperaba horas y horas probando gestos recatados y las manos ordenadas en el regazo.

A fines de ese año empezó a llenar el vestido y la confinaron en la pieza con una sola ventana que daba al gallinero. Casi al mismo tiempo, en la cancagua empezó a crecer una flor buscando aire por la abertura del caño. Tenía aspecto pavoroso y un olor nauseabundo, por eso su madre le regó agua hirviente.

OCUPANDO TODA LA MIRADA: un primer plano del rostro y torso de la abuela. Se ha colgado cuanta bisutería guardaba en el baúl de madera; el chal que lleva sobre los hombros se lo trajo de Italia una hija monja.

Sostiene, algo envarada, una guagua famélica de rodillas y codos como agujas. Se ve que trata de mantener erguida la cabeza enorme, se ve que carga con una comprensión demasiado intensa para su tamaño, como si pidiera disculpas por su esmirriada materia carnal.

MI MADRE BORDA en el extremo de la mesa pronunciando frases apocalípticas. Señala, con aguja acusadora, todo lo que se nos viene encima. A dos manos protejo mis oídos pero los letreros luminosos zumban instalándose en el pueblo, el estruendo de las risotadas en la televisión, la basura acumulada en los caminos vecinales, vísceras de animales cuelgan de los cercos.

Mi madre ahora mueve la cabeza lado a lado reprobando. Dice que nos encaminamos al fin.

Y ESTA ES LA BERNARDA. Ella leyó en el diario una noticia sobre el asunto de las guaguas botadas en basureros públicos y se le contrajo de golpe el vientre vacío. Reclamó en el juzgado al Primer Niño para acunarlo muerto, le puso de nombre Aurora y lo enterró en un lugar sagrado para tener donde ir a dejarle flores. La tumba que compró es amplia para que vayan llegando sus hermanitos.

LA SOMBRA DE LA HIJA

No llores, ay madre
no llores por mí;
yo estoy en el cielo
rogando por ti.

AGUAS

No se habla de los ríos ocultos.
No se nombran sus aguas
ni se intenta oír el curso de cristal.
Permanece ahí
reserva y fondo de otro paisaje.
La palabra y el agua tienen este pacto secreto
celo de decir
que cubre la desnuda transparencia.
Celo de borboteo imposible.

MISTERIOS DOLOROSOS

(Verás órdenes de ángeles
ejércitos de mártires)

Fue violada a plena luz del día.
La oímos gritar que la dejen morir
la oímos repetir con gesto agrio
que no es suyo eso que le crece dentro.
Se golpeaba contra los muebles.
No comía para no alimentarlo.

El miedo no la dejaba hablar
las piernas le temblaban.
Su novio no quiso contenerla
por eso tomó el medicamento,
uno que usan para apurar
el parto de las yeguas.

Dio a luz un niño la noche del sábado
lo dejó en un balde y al otro día

lo arrojó al patio
donde los perros se dieron un festín.

Con diez años ya está embarazada,
sometida por el conviviente de la madre.
Ella sabía de los abusos
pero amenazó a su hija.
La madre sabía La madre sabía.

Esperó que terminara de golpearla
esperó que la violara otra vez
esperó a que —saciado— se durmiera
para devolver sus caricias
con el dedo filoso del hacha.
Después tomó a los niños de sus ojos
y remó hasta llegar a la única luz
prendida entre las sombras:
la casa de la madre.
El viejo fuego del hogar.

La mochila goteó toda la mañana
mientras estaban en la biblioteca.

Fue así.
Abrieron mis piernas al punto
de sentir el crujido de huesos.
Primero la espina dorsal
luego lo demás pieza por pieza.
Con mis propios ojos lo vi.
Juro que incluso
del agujero de la boca salió un grito.

El paisaje interior ha mudado
como banderas gastadas las membranas
flamean sobre la huella recién abierta.
Se ha trenzado para siempre el goce
con el aliento desesperado de la muerte.

Si escondó las frazadas debajo de la cama
Si tapó el colchón con el cubrecamas
Si envuelvo la guagua con una toalla
Si la meto en la mochila
Si me pongo el uniforme
Si parto a clases, como siempre
Si camino despacio
Si nadie me mira
Si

En vano la llamé en vano
esperé la leche brotando de su pecho.
Un impulso negro me arrebató la voluntad
y me abrí camino desplegando cuencas,
poros, orificios para recibir.
De un túnel a otro.
Presentí el placer de los lamidos
pero las manos alrededor de mi cuello.

Dios quiso que siguiera buscando
porque ya se iba. Pero se quedó
y escarbó con su gancho.
Ahí pinchó una bolsa
y cayó el cuerpecito.

BASURA

Ahora tenemos aquí
una bolsa negra que contiene un niño.
Sabemos que sufrió.
Que se retorció.
Que se le pegaba el nailon
en la abertura de la boca.

No alcanzó a reír.
No alcanzó a colgar
de la ternura de un pezón.

BOCA DE RÍO

Ay del cuerpo abierto en canal
despojado de su niño
en operación de urgencia
(sobre la mesa de la cocina).

Ay de la que se entierra un palillo
o un tallo de apio o una rama de espino.
Ay de la que se toma una taza de cloro.
Ay de la que se acuesta boca abajo
mientras su amiga le salta encima.
Ay de la boca de río que la contiene
y de esa agua ya para siempre turbia.

Aquel cuyo espanto le obliga a volver la vista
habrá de inclinarse y anegar sus ojos
ante la niña de vientre hinchado.
Habrá de dolerse.
Ahora no es tiempo de amarrar la lengua.

EN NOMBRE DE NINGUNA

Se suceden en procesión
hacia el altar de la sangre
estas jovencitas
con sus crías en bolsas negras.
Hay otras debajo de las tablas del piso
y enterradas con las flores del jardín.

En pecado mortal
están las hijas de la patria.

Actúan ellas en nombre de ninguna.

CAUDAL

Asomada a la ventana
sus ojos forman un afluente
que se une a los canales de afuera.

Esa mirada enturbia
aguas que venían cristalinas.

Y empaña el vidrio
y provoca la caída de una nube rota.

Río tormentoso
que trae también troncos y restos
de animales descompuestos.

Se traviesa la página en blanco
con una rama de buscar agua
hasta dar con el caudal, la fuente.

VUELO Y CAÍDA

Fue un año de exterminio.
Cisnes de cuello negro
caían en bandada;
muertas ya las frágiles raíces
los nenúfares sostenían a duras penas
sus hojas flotantes.

Y las sardinas
por cientos varaban en las playas.
El mar arrastró medusas
todavía agitando delicados tentáculos.

Como las aves
ciertas muchachitas respiraron

un aire cargado de toxinas
y curvaron el gracioso cuello
sobre el altar del placer.

Vacías las pupilas
perdida la majestad del gesto,
sus cuerpos expulsan ahora
cuanto en ellos se contuvo.
Y añoran
(ah cómo desean)
otra liviana posibilidad de ser.

LA SOMBRA DE LA HIJA

La sombra de la hija va cosida al costado
y murmura que nadie se muere la víspera.
Su ácida compañía es oleaje
en el mar espeso y opalino de la sangre.

Repite también que es falta grave
no dedicarse al amado, abandonarlo
en su ser finito, su pobrecito efímero.

Esta sombra pide ser sorbida
fusionada en mí. Ser amada de veras.
Le parece mezquino este gesto mío
de alargar la mano
y arreglarle un mechón
que cae sobre sus ojos.

APARTAR LOS ZUMBIDOS

Hay que referirse también al incesto.
Ese destierro de ciego internándose
en la oscuridad de la sangre.
Se tantea el origen
entre figuras descabezadas
y restos de géneros empapados.

Hay que hablar del miedo
de la descomposición de la memoria.

Hay que dar cuenta de un niño
en un paisaje borroso.
A su alrededor,
numerosos troncos quemados.

No es tiempo de amarrar la lengua.
No es tiempo del zumbido necio
de la decepción.

LEJOS DEL BUEN LUGAR

Debajo del ciruelillo
están enterrados los niños sin nombre.
Es cierto que tuvieron su adiós
sus alas de celofán su comida
 su fiesta sus bailes.
Que hasta anduvieron de prestado
para seguir celebrando.
Se iban al Buen Lugar
pero no merecieron una tumba
en tierra sagrada.

El árbol ha crecido tremendo
con el abono de la carne.

Desde sus ramas, flores rojas
gotean en la brisa de la tarde.

Pero los húmeros confundidos
cómo caminaré con esta tibia
el día de la resurrección
no reconozco el hueso orbital
oh dios, no es mía
ninguna de estas falanges.

PEQUEÑO RETRATO DE LA ASCENSIÓN DE UN ÁNGEL

Dormido, de suave talante
sostiene una piedra en cada mano.
Allá abajo, en la terrosa humedad
una orla dorada rodea su cuerpo.
Las raíces susurran
los insectos suspenden su carcoma
para contemplar la dulzura de este ángel.

(a pesar de los ojos abiertos
de sus labios coloridos
de su corona de flores frescas,
ya no está con nosotros)

Ahora que hemos visto cómo consiguió un nombre
cómo se hizo de una familia siendo ya cadáver,
ahora puede aflojar sus alas falsas
y dejar que la lluvia estropee el traje prestado.
Ahora es cuando se eleva entonando coplas
planeando sobre las cabezas de los asistentes.
Si no fuera por las cuatro velas encendidas
por las flores y el lavatorio debajo de la mesa

podríamos engañarnos:
esa cabeza reclinada en la almohada
ya no está con nosotros.

Quisiera el pequeño llevarse
hasta sus restos mortales
(para qué dejarlos, alivianados ya de su peso).
El nacimiento fue un breve paso.
En vuelo rasante pasó a recoger
un gesto de amor cualquiera
y dejó una cicatriz
esta línea finísima en el útero.

SIEMPRE VIVA

No es un retrato el que te contiene
bajo este sol desanimado de abril.
Eres tú, sin embargo. Tendrías cuatro años
tratando de sonreír mientras escondes
las manos sucias tras la espalda.

Ya picada de muerte, sí
pero palpitando más allá del paisaje.

Aurora, graciosa niña
despojada de todo —salvo tu nombre—
goza de la vida eterna
en esta imagen.

MISTERIOS GOZOSOS

(Descansa en tu ala ahuecada)

Ese soplo que fuiste
se ha sumado a nuestro aire.
Tu nuevecito pulmón tiene ahora
el fuelle trabado.
Silencio en las cavidades.

Falta una mirada sobre las cosas:
la tuya.

Unos gramos perdió el universo
(aquí, donde todo es pérdida).
Cómo van a pesar tus obras
al final de los tiempos
cómo te van a pedir cuentas.

Adormecidos por el olor de las flores
el calor de las velas, el aguardiente
un poco ebrios
podemos ver cómo se acerca la barca
que viene a buscar al niño.
Los portadores tambalean
yendo al embarcadero.
Cegados por la luz del día
apenas notarán el traje descolorido.

Descansa y contempla
cómo los elementos se encargan
de borrar hasta tu nombre.



Técnicas para cegar a los peces

(2019)

Golpea golpea golpea
las aguas
las dulces, bellas aguas
en lo posible
golpea
con una rama de arrayán

RESTOS MARÍTIMOS

Frente a la Piedra de Achao
quedamos al garete.
Soy niña y recuerdo
cómo aparecían y desaparecían a lo lejos
las luces del poblado.
Las mujeres lloraban.
Los hombres permanecían en silencio.

Yo estaba extrañamente más allá del bote,
unida al oleaje.
De algún modo, también furiosa y húmeda
flotando lejos de todos ellos
tan débiles, tan temerosos.

*(El bote se va solo hacia allá, singando.
Uno se aferra al timón mirando un solo punto:
la Isla de los Muertos)*

VIEJOS HERMANOS CIEGOS

*Dios nos puso en un jardín decían
Y lo perdimos*

Fueron cerrando los ojos
porque no querían ver.

Vendrán otros peces
de ojos comestibles y pieles calcáreas.

Tendrán escamas con mensajes cifrados
que tampoco entenderemos.

LA FLOR DE LA DICHA

Aquí, a orillas de la mesa
con la ventana entreabierta
y una tetera silbando monocorde,
el instante despliega su andamiaje.

Descanso el rostro sobre el brazo
y me dejo recorrer por esta paz.
Ya antes de todo, ahí
 en ese sitio
estaba concentrada la plenitud.

El fuego, la luz, los objetos amados
reunidos en capullo
 se abren sin aspavientos.

Es la flor de la dicha
 que estalla unos segundos
y perfuma, al extinguirse,
 los demás momentos del día.

PEZ

Reviente el pez de su propia herida.
Estalle en miles
—escama y espina endurecida—
avance contra la corriente
cegado
con su branquia expuesta
 en este mar
 oscuro
 irresistible.

I

MAREA ROJA

AHORA LA CIUDAD tiene otro orden.
Bajo un cielo sucio
las micros desechadas por la capital, circulan
tragando turnos de obreros que van a las pesqueras.
Se abren choperías, cafés con piernas
en los nuevos night clubs las vecinas bailan,
sin ningún tipo de miramientos.

(EL MAR, EN oleadas, vomita
medusas muertas y envases plásticos)

SE HA PRODUCIDO el temido desembarco
y dejamos los gualatos,
 las cosechas de manzanas,
el cuidado de las gallinas
rendidos a la humillación del salario mínimo.

Nuestros muchachos
dejaron su escafandra en el fondo del mar
 y subieron
zumbando las cabezas,
 saltados los ojos
o tullidos.

Sabíamos que algo se estaba gestando
 allá, en lo profundo.

COMO UN CUCHILLO rasgando lado a lado el paisaje,
la luz del día ilumina un colchón manchado de orines.
Bolsas de basura esparcen su contenido aquí y allá.
Las olas golpean contra la Piedra del Run,
 violentas.

Son las mismas
desde los inicios de los tiempos.

A pesar de todo, las flores silvestres
mantienen vivos sus colores y
 se aferran a las laderas
esparciendo el crudo aroma de su carne.

HAY DÍAS así.

Caminando por el centro del pueblo,

ves la tristeza de las vitrinas.

Sientes el aire atormentado del pantalón,

su borde descolorido,

la falda que languidece en el perchero.

Adornos polvorientos.

El rostro de la vendedora que mira con avidez hacia la puerta.

Tienes la certeza de que en unos días más

su mercadería ordenada en cajas de cartón

esperará con ella un colectivo

mientras empieza —otra vez— a llover.

EL CURSO PACHORRO de los días.

Se levanta uno y hace arder las astillas del alma.

El picante olor a ulmo impregna las tablas.

Afuera

hasta el camino se esfuerza rebajando sus baches,

suavizando las curvas,

ocultando los cadáveres nocturnos.

En ocasiones hay una neblina tan espesa

que nadie puede reconocer sus propias manos.

(AHÍ ESTÁN TODAS esas medusas agonizando.
Enlazados sus tentáculos ambarinos
cubren playas y campos).

ESTA CASA ESTÁ perdiendo a los suyos.
Ya lo decíamos.
No retiene ni los sucesos recientes, se filtra.
A menudo se confunden sombras que
—uno sabe—
son los amigos muertos.
Vergonzoso es sentir que andan por aquí y observan.

Lo que permanece se esfuerza
por mantener unida su materia.

SE CONTEMPLA EL movimiento de las fuerzas naturales
frágiles ramas de los ciruelillos jóvenes,
sus hojas,
asidas a toda nervadura para resistir el viento.
Nubes y nubes se funden
en la densa materia que cubre el cielo.

Y ese manto
nos envuelve con su ternura aguada.

NUESTROS ÁNGELES son niños con alas de papel celofán
y ululan a toda hora penando por sus madres.
Las ataviadas ánimas que se perderán para siempre
porque este territorio ha sido ocupado.
No reconocerán sus mapas
no encontrarán un claro donde bajar su gracia.

LA PENA SE vuelve óxido
se pega en la ropa
mancha los edificios públicos.

(SI UNO SE REFIERE también al incesto,
vuelve a ese chico con los hombros hacia dentro,
pálido y perdido que da vueltas por el pueblo.
Todos murmuran porque lo saben.
Todos sabemos que su propio padre).

(EN MAREJADAS, EL mar sigue vomitando medusas muertas)

AHORA, EN los veranos,
oleadas de calor mantienen los campos en sequedad.
Las bestias boquean
hilos de baba gotean desde sus trompas.
Desde el aire, el amable aspecto de las islas
se reduce a cercados cuadros café.
Árboles estáticos y tardes de insectos zumbones.

La dicha del agua se evaporó en columnas.
Esa humedad que nos falta.

(ES YESCA ESTA hondura en la mirada.
Peligro de fósforo encendido).

SE TERMINA ESTA parte de la historia.
Nuestros ritos han entrado en fase terminal.
Hay barcos de turistas que asisten al espectáculo de la fe
y, en la explanada, frente a las puertas de la iglesia,
ejercen su comercio los desarrapados del continente.

El santo Nazareno sale cabizbajo,
ahora con más razón que nunca
avergonzado, tal vez, de estos sus fieles
que terminan ebrios durmiendo en la pampa.

MALDICIÓN ETERNA a quienes vejaron el paraíso.
Para aquellos que retorcieron el discurso
y escarbaron en los deseos más vulgares.

Malditos quienes abrieron el cofre
que descansaba bajo el altar.

EN UN CLARO, entre las ramas
se pudre el santo
ya sin trajes suntuosos, desprovisto del amor de sus fieles,
a mal traer el tramado de alambre que lo sostiene.

Aquí entre helechos enormes
ha descansado.

Por fin dejará ir su madera
mansamente con la lluvia.

LA ENVIDIA
se volvió fuerza, materia viva.

Fracasan los emprendimientos,
se sueltan las amarras de los cercos,
los animales mueren en el corral,
la casa va soltando sus tejuelas.

DIJO ALGO QUE no pude escuchar.
Al momento la ropa se descolgó del cordel
y se revolcó en el suelo;
la basura se alzó en remolino y voló alrededor de la casa;
botellas vacías se llenaron de un líquido amargo.

Decálogo entonces para vivir juntos:
no nombrarás aquello que no quieres que surja
y permanezca ante tus ojos.
No evitarás las fuerzas que no comprendes.
No cerrarás la puerta.

Desprovistos ya de todo apego a la minucia,
nos miramos las cuencas vacías
y sumamos la oscuridad que nos ocupa.
Se oyen rezos.
El olor de flores mustias nos envuelve.

LA MUERTE entierra
su uña curva
su zarpa envenenada.

RESTITUIR A LA ISLA SU condición de madre.
Volver a sentir el calor de la madera crujiendo
 aroma a cujen de grosellas,
el sonido de la tetera saltando sobre la plancha de fierro
 el vapor que sale de su boca.

Tirar el cordón de la puerta,
ver a los mayores, cada uno en lo suyo,
oír a los gatos corriendo sobre el techo de zinc,
mirar por la ventana hacia el rincón
 donde florecen los pensamientos.

La infancia huele a mariscos y lámparas petroleras.

AH, CÓMO SE desea pasar de un día a otro
 sin arrastrar los pies,
haciendo el recuento de minutos iluminados,
 un puente de plata que se podrá cruzar después
con el liviano peso de la memoria.

¿SIENTES MI OLOR cuando lees esto?
Deberías.
Nunca toqué una rosa como esta,
no había separado pétalo a pétalo su apretada dureza,
abierta ahora mientras la humedad se encarga
de preparar el escenario.

SE TERMINA ESTA parte de la historia.
El fiscal sigue dando la hora a campanadas.

En este valle de lágrimas algo se acaba
y no hay fanfarria ni discursos.
Hubo imágenes de alerta
—no podemos quejarnos—
niños corriendo con calaveras en las manos
el incendio del Lidia que dejó un forado ennegrecido
y el pez con ojos de niño recién nacido.

Hace ya tiempo que los dolientes
se habían desentendido de sus muertos
y que los hijos pusieron en venta las casas de sus padres.

Abriré la boca y pegaré los labios al confín de las raíces.
Mi voz contra la tierra ahogada.
Que el silencio actúe como concha de ostra
mientras dentro de sí se concentra la materia de una perla.
Desde ahora.

II

LOS RESTAURADORES

LA MESA ESTÁ LISTA para recibir a los santos pacientes: bisturí taladro pinceles brochas formón madera de balsa solventes.

El maestro y Boquita discuten todo el tiempo pero sus manos se mueven en sincronía, «yo te alumbro, tú rellenas». Boquita, la restauradora, quiere terminar rápido aquí para ir a visitar a san Juan. Ese que tiene la boca entreabierta por donde deja entrever su húmeda cavidad.

LA SEÑORA QUE GUARDA las llaves de la capilla nos ha dicho que la virgen vestida y sin rostro es nuestra señora de Gracia. A ella misma, cuando estaba limpiando, se le cayó de frente contra el suelo. No tiene rostro y permanece con las manos levantadas. Con su traje amarillo y las enaguas de encaje, está sentada. También tiene pendientes de perlas en lo que queda de un lóbulo de su oreja.

(He escondido mi cara. Yo quise que se rompa/estrelle contra el suelo... ya no podía con la expresión del deseo. Hacía tiempo también acabé con mis manos. Nada de tocar. Solo muñones que ya van cerca de los hombros para que no. Para que jamás cuando estoy sola)

EL EQUIPO CONSIDERA que restaurar no significa volver al estado inicial; la pátina se respeta, los materiales tienen su historia, están cargados por el transcurso del tiempo y también de las oraciones puestas una encima de la otra. Se recubre la grieta pero la sanación es honesta, está en evidencia. Las lagunas (como la cara perdida de la santa) se reconstruyen en fino tramado elaborando una versión del rostro volado, un rostro que es especulación.

Intervención crítica es ver el tiempo, darse cuenta de que todo está destinado a desaparecer. No escamotear esa verdad. Lo único perdurable es la muerte. El esfuerzo es sostener unida la materia con estos trucos elaborados para guardarlos hasta la generación siguiente. Ir arrastrando la imagen que amaron los antiguos.

Ninguno del equipo tiene fe.

DOÑA ENCARNACIÓN HA llegado desde el interior de la isla Mechuque para ver su patrona, que será restaurada. Ha venido descalza. Será una visita corta, pero necesita presentar sus respetos; ha caminado varias horas y trae, envueltas en un pañuelo, un puñado de monedas. Dice que ya le parece ver la carita perdida de la santa.

Ninguno del equipo tiene fe.

GUSTAVO SE DEDICA en las tardes a recoger plantas, se le advirtió que las hojas recogidas ayer son prohibidas, que llaman a los muertos; pero él necesita respirar cerca de los matorrales y árboles nativos. Anda buscando algo, un modelo dice. Cuando vuelva hará los dedos del querubín.

GUSTAVO REMEMORA LA restauración del san Miguel arcángel. «El demonio lo hice entero. El diablo es español y está en la iglesia de Nercón, con sus cuernos imponentes y el rostro torcido, es ingenuo. Yo no tenía registro ni imagen del diablo, así es que lo hice mirándome en un espejo».

(Soy como un animal imposible de madera. Un cuerpo grueso derramado sobre el suelo, aplastado por los pies del guerrero; las frágiles extremidades salen aleteando inútiles porque no podrían, de todos modos, sostener este armatoste)

CUANDO PERDIÓ EL dedo, se le hicieron compresas de llantén majado en el propio muñón, aplicado directamente. En la noche, con el motor de la luz zumbando, la chicha caliente con canela servida en la mesa; el dolor de Gustavo ya es solo un latido y una nostalgia.

LA VIRGEN DE GRACIA de Tac tiene una cabeza minúscula encumbrada sobre un montón de ropas. Enagua tras enagua estallan bajo la contención del traje público. Enaguas en contacto con la encarnación y el rubor de la madera.

(Gustavo le habló al san Francisco, le dijo lo de las enaguas mientras pulía sus dedos y el santo lanzó un destello desde sus ojos de vidrio; los labios se humedecieron —yo lo vi— como los tenía entreabiertos)

VINO AQUÍ PORQUE se acuerda de la primera santa que vio. Estaba con la mitad del vestido descubriendo el hombro izquierdo y la suave curva de la espalda dejando ver unas corvas majestuosas. Piensa en eso, la mano sobre su pierna mientras le pasa una lija fina. Luego será el talón, el delgado pie y la pantorrilla que han sido separados del resto de la extremidad. Ningún xilófago ha osado acometer sobre la materia encarnada.

Pero hay que cubrir a la virgen porque los fieles no querrán verla desnuda, con las manos sobre sus piernas de madera y esa mirada perdida de loca, ojos desorbitados por tanto que ha visto.

(Traspasa el formón, es rico. Mira cómo se hunde. Ven, Gustavo, ven con un lápiz de mina y márcame aquí, en el pie)

EL FISCAL, ANTES DE abandonar la diócesis, perdió el juicio. Alcanzó a amarrar las manos del Cristo Nazareno, forzó los brazos hasta rodear con ellos un tronco tras la espalda y le roció una lluvia de pintura roja. Así la sangre divina asustó a los niños. Lo destituyó la comunidad en acuerdo con el cura, por sus faltas no podía seguir siendo fiscal.

LA VIRGEN DE GRACIA se ha integrado al corro de los restauradores, sentada y erguida, mientras su ropa es sanitizada. Está envuelta en su capa y dirige la mirada a las manos de Gustavo que, ahora, ha debido concentrarse en los minúsculos dedos del querubín quien solo tiene un muñón, sin ninguna de las falanges completa. Ahora serán de alerce.

La virgen de Gracia le da sombra a Boquita, la más joven del equipo. Su cabello se mueve y roza la capa. «La nariz del Nazareno ha sido quebrada» dice Boquita, «deberé rebajarla un poco».

Y la señora de Gracia, con sus pies anaranjados, preside el coloquio de la sanación.

Los ojos extraviados, majestuosa y severa, los pequeños labios fruncidos en un gesto de censura.

LOS RESTAURADORES llevan tanto tiempo concentrados que se han puesto a hablar con personas que no están aquí. En voz baja discuten sobre una santa a la que encontraron con una peluca rubia hasta la cintura. De espaldas es inquietante el rubor de sus nalgas expuestas. El cabello, regalado por una promesa, se ha deslizado a un costado.

Quisieran decir que mejor, nada. Que si ya no quedan jovencitas con pelo natural, no hagan promesas.

CUANDO GUSTAVO desvestía a la santa asomó su hombro desnudo con un rubor pálido en la redondez; la curva de la garganta, su fino pie de avellano. Y desabotonó, con esa mano gruesa sin pulgar ahora, la delgada enagua de la santa, de lino consumido, que terminó por deshacerse. Entonces cayeron al suelo unos billetes muy doblados.

GUSTAVO HA EMPUJADO toda la noche un tarugo sobre el dedo pulgar de la santa. Después, ha completado la operación labrando el dedo de ciruelillo hasta moldear articulaciones con tanta precisión que ha dado vida a la mano completa. Gustavo perdió el pulgar poco después; su propio dedo salió limpio en un corte.

EL MAESTRO HA PUESTO a la virgen de Gracia a la entrada de la iglesia con la puerta abierta para secar la recién reparada fractura del cuello. Cuando llegó traía puesto el vestido de primera comunión de una niña y la patrona insistió en abrigoarla más, pero la operación exigía airear toda la zona. Estaba en enaguas cuando empezó el viento, un repentino temporal que azotó el estropeado lino.

(He provocado mis propias heridas. Soy yo la que ha llenado de agujeros mi cabeza. El viento no puede con el peso de mi armazón.

El viento ulula y junta fuerzas pero no podrá elevarme y deshacer todo esto que me agobia)

DICE BOQUITA QUE LO peor fue Metahue porque en toda la isla ya no queda agua. Tenían que lavarse en las mañanas con el contenido de un vaso cada uno. Ella recuerda con tanta alegría cómo encontró, por casualidad, un cuenco de madera con agua de lluvia.

Dice Boquita que la misión circular otra vez no, por el agua.

LA GENTE PRENDE LAS velas tan cerca. Así se incendió la candelita que tenía en su mano santa Filomena, por eso la tiene quemada. Me tocó sanar a un Cristo chamuscado —dice el maestro—, venía con un pañito de pureza para tapar sus vergüenzas y me conmovió cómo me abrazaban las viejas por salvar su Nazareno.

LAS INTERVENCIONES aún pueden ser eficientes. No nos han tocado casos gravísimos. San Juan tiene los brazos sueltos, le faltan dedos, pero no se trata de parar el proceso de envejecimiento; no queremos competir con el estado original. No hay maldad en lo único, insiste el maestro.

EL EQUIPO NO HABLA en la mesa sobre los santos y su deterioro. El equipo no habla ni siquiera de su propio deterioro. El equipo habla del té y las mareas, se intercambia recetas de cocina. El equipo dilata el momento de volver a las imágenes a resanar, consolidar en silencio la mayor parte del tiempo.

GUSTAVO YA NO trabajará con las manos de la virgen de Gracia. Ha terminado el dedo medio con un esfuerzo conmovido. Se sentó en un banco de la iglesia, al sol, solo él y la mano finísima. Desde lejos se ve cómo la toma y acaricia; la levanta y coloca contra la luz. El bisturí baja y sube en el delgado trozo de avellano.

Boquita será quien remueva restos espurios del rostro de la virgen, todo el craquelado se conservará igual, solo las grietas mayores serán reparadas.

BOQUITA Y EL MAESTRO conversan mientras guardan el instrumental. Ella volverá a un convento en Santiago, a trabajar también con imágenes, pero no le gusta porque —aunque no las ve— sabe que hay monjas ancianas, muchas de ellas locas. Lo sabe porque a veces corren por los pasillos gritando. Boquita prefiere reparar daños acá, donde los santos viven; donde los collares colorinches y zapatos nuevos que llevan los santos han costado desvelos a los isleños.

BOQUITA LE HABLA golpeado al cura. Le dice que la imagen reparada en la misión anterior tenía un dedo desprendido; que la encontró sin orejas y sin cuello, con telarañas. El torso tenía perforaciones hechas por insectos, también la cabeza. Obturamos los orificios, dice severa, pero tiene que haber control periódico porque los organismos reaparecen. Hicimos un estuco y reintegramos cromáticamente, insiste. Por suerte teníamos la otra mano; al limpiar la herida, nos encontramos cola carpintera. Está con sus deditos ahora, los hicimos de ciprés.

Ninguno del equipo tiene fe.

III

LENGUA DE SANTAS

LA NOVIA DEL MAR DORADO

Se acerca la fiesta patronal y habrá que pagar la manda. Hay que comprar tela fina, finísima para las vestiduras, muchos metros de cinta dorada y seda para el lazo de la cintura de la santa. Hay que viajar al pueblo. La familia junta los pesos pero no alcanza. La hija —que se va a casar— cede la ropa de boda que le envió su madrina desde Punta Arenas.

Ahora la santa luce el vestido de novia con la toca de minúsculas perlas y la novia llora silenciosa mientras reza con una vela en la mano frente a ella.

Ya están la suprema y las princesas
engalanando el pórtico con guirnaldas
ramas de avellano flores amarillas

la novia se arrodilla
mientras suena el pasacalle
la santa le ha susurrado a la novia
lo hemos visto

entre las dos, el rumor de las enaguas
es un lazo íntimo.
Le ha hablado
y ella llevará el destello de su gracia
entre nosotros.

COLOQUIO DE SANTOS

Detrás de la estufa, el padre de ochenta años; el abuelo de casi cien; el hijo de sesenta; dos nietos cuarentones; un bisnieto rozando los treinta. Todos ahumados, silenciosos. Poca luz sobre las cosas. Sentados en el flojero mientras la única mujer es una sombra que a veces pone leña al fuego. En la isla no quedan árboles, ni agua, ni más gente: solo estos. Mientras el mundo de afuera se vacía, en la capilla los santos hablan. Deciden marcar el tiempo de término con una última procesión y salen a la explanada sostenidos por el aire. Sin música, sin andamios, sin oraciones.

El viento se cuela por las hendidias
levanta polvo de los rincones
desclava la madera debilita los envigados.

*Nada hemos podido contra su propio daño
pronto no quedarán vivientes
la capilla pierde sus tejas.*

Chauras y espinillos encontrarán ranuras
crecerán hasta ocupar todo el espacio interior
reventarán los frutos de furioso rojo
reventará el natre y sus ramas
saldrán por las ventanas
brazos floridos.

Sus bayas hinchadas y lustrosas.

Azotándose como animal herido
esta isla será otra vez un zarzal verde y trenzado
las naves de la iglesia derrumbadas
el maderamen disuelto.

Todo volverá a su curso
 como era en un principio
 ahora y siempre.

ROMEROS EN ROMERÍA

*No han servido las vestiduras sagradas. Desde temprano
sospechan los niños el destino desperdicio de las escuelas
públicas, de las incontables horas frente al televisor.*

En la boca tiene el alma una de sus puertas.
El cáliz desbordado se eleva.
Hay peces que flotan
dormidos en el aire espeso.

La pasión de la fe
deja un sedimento oscuro en los pliegues
de las ropas sagradas
en las columnas de madera
en los altares y el púlpito.

En la boca tiene el alma
una de sus puertas.

La materia dura de los huesos
termina por elevarse
sobre la amenaza cotidiana de la muerte.

He aquí que los corazones palpitan.
Y las palabras brotan de las bocas,
todavía.

SAN MIGUEL, ARCÁNGEL

Hay quienes tienden sus ojos lado a lado y abarcan el paisaje sin detenerse en la minucia. Supieron leer las señales. Y vieron, hace mucho, que no eran jotes los que revoloteaban en el vertedero.

Pisado sobre el demonio
alza el brazo amenazante.

Nuestra gracia es permanecer inmutables
como inmutable es lo eterno.
Pero el viento trae rumores,
el mar se levanta inquieto, receloso.
Lejos de aquí se forman palabras
que se deshacen antes de llegar al caracol
de los oídos.

Se confunden las conciencias.

Sobre el altar, un recipiente de vidrio
con agua fresca
para los santos.

EL FISCAL BUENO

La iglesia era como una casa destas donde nosotros vivimos, los muchachos más grandes la hacían caballo en la cumbre, por eso el fiscal hizo una reunión con todos los vivientes y dijo que había que tener una capilla nueva. Unos dijeron: ¿dónde compramos la madera? Él, con esa voz grave que tenía, dijo: la madera la haremos nosotros.

Se formaron comisiones para ir a Butachauques a hacer la madera, después se fue a las islas Desertores, iban de quince a veinte personas en lanchas veleras; la mayoría de los hombres casados fue con su esposa e hijos pequeños. Dos meses se vivió y se padeció lejos de la tierra para así cumplir con el fiscal y con Dios.

Faltaron los víveres, tuvieron que comer hasta palos podridos del monte porque el mar no los dejó salir. Fue sacrificado también volver pero tuvieron la madera y el trabajo fue todo comunitario. El único pagado fue un carpintero de la isla Linlín.

Cuando se terminó la iglesia por dentro y por fuera se hizo un banquete para todos.

Debajo del altar colocaron una piedra grande a la que hicieron un hoyo y dentro pusieron una botella de barro donde firmaron todos los que trabajaron, también pusieron moneda de oro.



Ligia
(2019)

*A mi abuelo,
quien, como tantos chilotes, nunca volvió.*

Una vez que has sido desterrada,
lo serás para siempre.

SE TRATA DE TRAZAR el mapa, pero desborda.
Hay gente amada que se queda fuera.
El plano completo es mezquino;
la cordillera, por ejemplo,
una línea borroneada en gris.

Este es el ejercicio de acercar la vista.
Un ejercicio previo al cierre.

EL PRIMERO FUE mi abuelo.
Hay una caravana de abuelos
enterrados en la pampa argentina
(solo uno tiene en los bolsillos
la foto doblada de su hija
en vestido de primera comunión).

Las cruces se han borrado por efecto del viento.

Aunque partieron su amor en dos y se fueron
aunque las rebanadas se llenaron de moho,
ellos fueron los primeros.

En cada familia hay un hueco en la fotografía
una silla detrás de la puerta
los nudillos blancos de tanto apretar.

SU PAÍS

se hundió como una moneda en el pozo de los deseos.

Ligia sospecha que enterrado en el légamo

—a solas—

aún brilla.

AQUELLO QUE ÉRAMOS se funde

con el ojo abierto y el costado.

Sensación de tiempo

tropezones

palabras en vía de descomponerse

vuelan en círculos

sobre este cuerpo que se cierra,

anillado.

HAY UN PAÍS REMOTO en el fondo de todos los días.
Siempre es el mismo
(aunque sabemos que ya no existe).

Estrecho callejón sobrevolado por tordos
árboles y árboles poblados de plumaje oscuro
tal vez también un río,
más bien pozones, antes de la sequía total.

Erosión del significado.
Este cuerpo no sabía que dejaba atrás
el mundo propio.

AÚN EN ESTADO de conmoción
el territorio ajeno se vuelve residencia.

Un hombre sabe
que el destierro es para siempre
(se lo vaticinó una abuela en la cuna).

Hay corazones que estallan
gente que se niega a hablar en otra lengua.

El cuerpo de Ligia para decir el país
usaremos su cuerpo como un atlas
el lector del mapa,
será siempre un desterrado.

EL HABLA DE la casa
El habla del barrio
El habla de la nación

Las palabras se evaporan en anillos de humo
letras descosidas yendo
veloces al cielo abierto
de otras lenguas.

OTRA VEZ LA CORDILLERA te hace llorar.
Simplemente buscabas los fósforos
pero se desató el aguacero
que arrastró con tal pedrería:
la vidriera navideña
la noticia de la muerte de un vecino
otro amigo desaparecido.

Lloras frente a la ventana
donde se asoma una ciudad ajena.
El torrente cae a las canaletas
a los bordes de las calles
corre hacia un mar
que no es el tuyo.

CIELO COLOR estropajo
ciudades trenes aeropuertos
salas de embarque
sillas vueltas hacia dentro
labios marcados en los vasos
restos de vino
manteles manchados

La puerta se cierra de golpe.

EN EL CENTRO del país amado
hay un volantín.
Mientras habla
se abren cierran alas
de chonchonas.

Los volantines eran lo más recordado
dice Ligia
volví en septiembre y los vi elevados.
Son los sueños de los chilenos.

Pero ella olvida el hilo curado.

Se hace patria cortando los hilos
echando abajo los volantines de colores.

SON MUJERES las que mayormente
caen en la locura de la revolución.
Locas de cuerpo locas de mente.
El verbo y el paisaje total de la carne
todo
a disposición.

Y después de la fractura
reconstruyen defensas
establecen campos
de refugiados.

Borde bordeando
viajeras ardientes
caderas son cuadernas.

RECALADOS OTRA VEZ en Chile
nada es como entonces.
Entra solo un pequeño rectángulo
del país en los ojos
un fragmento del velamen,
un detalle de la quilla.

HOSTILIDAD DE LAS altas rejas
alambres de púas portones alarmas
veloces carreteras.

Se vuelve al país
y lo encuentras abierto a todo lo largo
un tajo palpitante.

Casas de espaldas a las plazas
de ancas enormes agazapadas
en patios escondidos.

Excesiva realidad de las calles.

LA TENDENCIA DE la memoria
es comprimir los sucesos.
Pero
los momentos guardan *su sonido y su furia*.

Se encharcó la vida cotidiana
el espectáculo triste del sitio eriazo
se vive el escarnio del saqueo.

Las caderas de Ligia
sus acantilados sus riquezas marítimas
se ampliaron allá lejos
(reservas minerales, aguas limpias).

No volvió para llorar entre las ruinas.

EL PAÍS SE LLENÓ de gente sensata.
Rejas vidrios botellas quebradas sobre los cercos
duras exigencias de pago.
Hablan de nosotros,
de quiénes éramos.
Les ha parecido bueno sacarnos del futuro.

Lloro también porque soy una interrogación
una duda
porque mi hueserío
ha perdido columna y médula.

ELLA ELIGIÓ una isla
a la altura del útero
en su cuerpo mapa
para volver.

UTOPIA DE HORTENSIA y cisnes.
El colectivo del futuro
podrá buscar esta reserva
presagios de paz en la cocina.

Sus caderas cuaternarias
botadas en estas playas.

Se sueña
fundar otra vez el territorio.
Se guardan fragmentos de fotografías
 todos los nombres
todos los actos heroicos.
Una comarca de sanación.

UN TREN RECORRE el país de Liguria
huellas del progreso, materias primas circulando
madera / presidentes / turismo a rincones remotos.

Pero el ferrocarril se perdió también.

Las estaciones son casas abandonadas
 rieles oxidados
faltan durmientes
vagones varados en los márgenes.

Las locomotoras ya no saben a dónde van.

HAY UNA LENGUA especial para el viaje.
El pasajero habla
y dibuja las letras en el vaho de la ventana.

El tren se mueve de una estación imaginaria a otra.

En el cuerpo soñado de Ligia
el pasajero persigue
una lengua que la diga
(los tramos saqueados
abandonados a su suerte).

LAS REDES DE conexión
exigen tránsitos diferentes.
Se abandonan algunos tramos.

El cuerpo de Ligia
expurga células muertas
defiende su selva.

En la nueva comarca necesitará
líneas de descendencia.
Hundirse en el origen.

SE INSTALA SOBRE otro mapa
la piel dibuja relieves
elevaciones
accidentes.
En la osamenta se ha tatuado el país original.

La cordillera y sus pechos
no son la misma cosa.

Ahora sí
con ella llorando sobre la caja de fósforos.

SU CABEZA ESTÁ llena de palabras.
No escogió,
pero se fue con la música a otra parte.
Ahora canta el gallo
algo se anuncia
(soñaba con un libro
y una cuna
piezas vacías
puertas cerrándose de golpe).

Olvidé el nombre de mis amigas.
Olvidé por qué se cerraban todas esas puertas.

Este mapa resiste,
sin embargo.

ENTRE LOS QUE afanaron el retorno,
la que se negó a aprender otra lengua
pasó décadas murmurando
 que los trabajos voluntarios
 que solidarizar
 que armar comunidad
había que creer profundamente en algo.

La decisión de quedarse
las palabras que morían todos los días
 en su boca.

SIN LA CORDILLERA, me perdí.
Urgencia y estallido
vulnerable en la ciudad ajena
 fui poniendo mis señas.
El cuerpo primero
 en las repisas, objetos sagrados
 de la memoria.

Pero mi cuerpo siempre
porque también era la casa del miedo.
Y en otro tiempo habitó allí el rencor
 la decepción.
Queda la rémora
 esa pátina oscura.

EL NUEVO país
copia feliz del original
es más hondo
de gruesas fronteras.

Ha sido lavado, llorado
corren ríos rojos subterráneos.

Demasiados cadáveres
se han fundido en el suelo patrio.

Un líquido espanto
busca cauces
cráteres orificios de salida.

SABEMOS DEL HÉROE mítico
que emprendió el viaje,
cambiando en el camino.

Su palabra, su pensamiento
descolgado en cuajarones
no siempre produce piedad.

REGRESAR, otro desgarró.
Nadie preguntó por las heridas
por cortes cicatrices
nadie mencionó el dolor.

Solo se habla del destierro con otros desterrados.

Y el cuerpo mapa
se tatúa con gente muerta
amada gente que ya no está.

UNO QUIERE ENVEJECER en su lengua.

Buscar, para morir
el sitio donde está enterrado su cordón.

JAMÁS FUI UNA víctima, dice Ligia.
Pero las palabras van muriendo
cercadas en otra lengua.

Soy una niña de nuevo
apunto con el dedo
dibujo en el aire.

La patria —ahora— es el pasado.

El héroe en busca de sí
después de ofender al poderoso.

(NO SE PODÍA hablar de ellos
sus nombres prohibidos)

Detrás de la cordillera
hay un país que cultivó el rencor.

(huele desde lejos a líquidos percolados)

El castigo de irse
El castigo de quedarse
El castigo de estar vivos

El país cambió tanto sin ti.

SE BORRARON LAS consignas de los muros
se cambiaron los nombres de las calles
se quemaron los libros
movimientos escénicos definitivos
«nada de flautas quenas charangos
Aquí se construye otro país»

NOS SALVAMOS
porque estuvimos todo el tiempo
tomados de las manos.

EL SUSURRO se interna
en los pabellones delicados del oído:
teníamos desapego por el éxito personal
por el dinero.
Pero no queremos una vejez arrinconados
sin parte
en todo lo que es bello.

Solo un momento se ha roto
la armonía total del mundo.

El nuevo territorio está abierto, dice Ligia.

AHORA BUSCO palabras
todas las que pueda cazar
este oído rebelde

(el duro pabellón auricular
el cielo tormentoso de la boca).

LO TRANSITORIO PRESIDE todo.
Hay que —otra vez— subir la cordillera
mirar los valles
cruzar playas puentes
preguntarse
¿somos los que perdieron?

Despreciar esa retórica
descabezar sus palabras
y exhibirlas ensartadas
para escarmientos futuros.

ESTE ES EL PAÍS que se construyó
para esto les sacaron las uñas a los amigos
y tiraron al mar cuerpos amados
atados a rieles
trozos de concreto
para este nuevo Chile amordazaron
fracturaron huesos
rompieron tímpanos
saltaron las cerraduras de las piezas
donde dormían los niños.

BORRAR A UNO del mapa
No estar en el mapa
Caerse del mapa
«Esto es un error» piensa Ligia
sumida en un rencor difuso
contra el país extraño
donde ahora duerme
cocina
espera
un error repite mientras da vuelta la caja de fósforos.
No me puedo ir,
mi cuerpo es el mapa.

LA LUZ DEL sol atraviesa
las copas de los manzanos
y se fija en una alfombra de frutas caídas.
Fragancia de la madurez,
de proceso terminado.

Todo lo que faltó a nuestros sueños.

Hay silencios espesos
(uno sabe que están llenos de palabras
como lo que ha hervido
horas y horas
a fuego lento).

SABÍAN CÓMO herirnos
cual el peso total de las palabras
o de la mudez.

Mientras nos daban
con un palo y duro
hay palabras que se quedaron
estancadas en mi voz
que ya
no volverán a decirse.

ESAS PALABRAS que tanto usamos
fueron cayendo en un pozo
se perdieron en la profundidad.

A veces, como un eco
desde el fondo fondo
vuelve alguna, azumagada.

Las quisimos tanto
será por eso
que nosotros mismos
las empujamos de nuevo
hacia adentro
por la abertura carnosa.

RECOGER PALABRAS nuevas
olerlas
dejar que revienten en mi boca.

Puse fuentes de palabras
en la mesa frente a él.
Molí otras, cuidadosamente,
para que nuestras bocas
se reconocieran
sintieran juntas.

EL TREN PALPITÓ mucho tiempo
como el muñón que perdió sus dedos.

Un tren con vagones
ahora descarrilados
(como cajas de fósforos
con la cordillera dibujada a lo largo).

Aprendo palabras nuevas
en las palabras nuevas ya no vive
el miedo.

CADA UNO TRAE una historia flotando
tras de sí.
Por eso parecemos cometas.
Siempre hubo un antepasado que debió partir
(alguien falta en una foto
hay una silla detrás de la puerta).

El hilo curado
cortó el vuelo de los volantines.

Las preguntas cuelgan en lámparas de agua.

VOLVIMOS CUANDO nuestras palabras
ya no podían herir
se les gastó el odio.
Trajimos lustrosas palabras
para decir el presente.

Bastante vivos aún
queríamos usar
las que nos quedan.

ELLA DICE
«en la caja de fósforos
se ve una cordillera
de picos muy blancos.
Detrás está el país».

Él dice
«tu lengua es mi país
el cielo de tu boca».

TU LENGUA en mi boca
dureza de las palabras que no existen
lengua y lengua
furiosamente entrelazadas.

Tu lengua
un órgano erizado
entrando en mi boca.

No me deja decir.

SUEÑO CADA NOCHE con una madre
que atraviesa continentes
cargada de olores marinos
pero sobre todo murmullos
canciones
cuentos.

Ah la lengua de la madre.

MI LENGUA PESA demasiado.
Me desplazo por ciudades
con ojos abiertos
bailo
me siento en las veredas y converso
aprendo frases
las uso todo el día
las doblo en la noche debajo de mi almohada.

Me herirán poco, los que hieren;
no tendrán el privilegio de mi boca.

ESTAMOS FRENTE a frente
el hombre mapa y yo
nos entrenamos para no olvidar.
Uno recuerda nombres
el otro, fechas
entre los dos, repetimos ríos
pueblos, lagos, plantas
nos contamos, ojo y ojo,
torturas desapariciones muertes
(hay cosas que debiéramos olvidar).

De vuelta en los aeropuertos
las palabras son otras.

Solas saladas.

NOS DESPLAZAMOS hacia el sur ahora
hubo que atravesar continentes
para llegar a esta isla.

Una pequeña bandada
sobrevolando manzanos en flor.

De plumaje oscuro
tras un sueño, todavía posible
el héroe y su plumaje
renacen.



La voz de la casa

Ejercicios para vivir
el confinamiento

(2021)

ORDENANZA

Si sospecha de un brote,
señale a los infectos, agrúpelos
y denuncie de inmediato.
Manténganse lejos de ellos
aunque sean sus parientes.
Si en el proceso fallece alguno,
no permita que se acerquen sus
hijos y deshágase de los restos
lo más pronto posible.
Los sanos tampoco deben
relacionarse entre sí, salvo a
través de las máquinas.

HOJA DE RUDA

Lo primero será armar un escapulario por cada habitante. Tendrá una hoja de ruda en el frente y la palabra clave cosida en el revés. Se colgará del cuello con tiras de lana colorada y no se sacará a la vista hasta que termine el año de la peste.

EL PAN

Lo siguiente es volver a las cocinas. Todos, a las fragancias y el hermoso paladar, a la lengua original. Ahí está el niño y su hermana con el volcán de harina, poniendo la levadura, esperando que leude mientras la miran fijamente. Los hermanos no pelean y aprenden a hacer el pan.

LA SILLA

Ojalá todas las noches, se pondrá una silla en el centro de la sala y se subirá al niño que dirá un poema. Para acoger este momento con los sentidos aún sin nombre, apagar lámparas y ampolletas. A la luz de una vela, continuar la rueda contando historias uno a uno mientras los sombreados rostros se muestran solo en fragmentos.

PICAPORTE

Cerrar los ojos y revivir cuando las madres iban al mercado, no hace tantas vidas; uno volvía de la escuela, tiraba la pita amarrada en el picaporte y ya estaba en el cálido refugio del hogar.

FLOJERO

Recuperar una fotografía, sentarse en el flojero, mirarla detenidamente, como le exige el tiempo a cada acción nuestra en estos días. Por qué la distancia entre unos y otros, qué hacíamos un rato antes ese día, por qué llevábamos esa ropa, de dónde salió, quién tenía cámara, cómo estaba el día, qué hicimos después. Hay tantas imágenes, que ya no nos dicen nada. Tomar este pedazo de papel, una sola fotografía y dedicarse a ella.

ARROYO

Volver a casa por el camino que no es. Detrás de la calle Almirante Latorre, ya cubierto por salvajes arbustos, hay un arroyo secreto. Si todo sigue igual, habrá un sendero de niños. Sendero es la impresión que ha dejado algo que estuvo allí. Solo los niños conocen las piedras que hay que saltar para ir y recorrer y no perderse en esa calculada aventura. Se aprende así a abandonar la casa.

SUEÑOS

Se trata de tomar desayuno contándose los sueños. Dejar caer de la boca los barcos iluminados, los vuelos rasantes,

las lanchas vacías que no parten nunca, los collares de plata que traen las olas. Escaleras, fauces abiertas.

Se trata de dejar que las palabras cuajen y vayan cayendo sobre la mesa tan rotundas como el pan.

LA PRENDA

Abrir cajones y pensar en cada prenda, algo. Darle una vida. ¿Por qué me gusta tanto esa blusa? ¿Porque no se notan los senos? Desde la primera vez que iba en la calle y un hombre viejo me dijo algo que no recuerdo, pero tropecé y me puse colorada y me sentí sucia y llegué a mi casa llorando como si hubiese hecho algo malo. Desde entonces todo ha sido cubrir, aplastar, olvidar.

TRINCHE

Hay que convencer a la anciana para que deje abrir el trinche y sacar los platos, las tazas y cubiertos que guarda para las ocasiones especiales, para las visitas. Hay que decirle que no habrá ocasión más especial que esta, que cada uno de nosotros está de visita; que —sin maletas ni ropa adecuada— vinimos a pasar una temporada.

Encerrados como estamos, guardaremos cada minuto en los bordes de la memoria.

Sin porvenir, la llave del mueble es también, inútil.

CRISÁLIDA

Tomarás una bolsa de plástico en la playa, una grande, de esas que han botado las salmoneras. Comenzará a llover, podrás abrirla sobre tu cabeza como inflando un globo aprovechando el viento. Te reirás mojado con las puntas de la bolsa en cada mano corriendo por las piedras, arrastrando la cometa. Te seguiré y tomaré un extremo, jugando a envolvernos uno por cada lado hasta encontrarnos en el centro, estilando, lograremos meternos dentro mientras el temporal arrecia. Pegado al nailon probaremos muecas y armaremos posiciones presionando la piel artificial como una crisálida gemela. El agua será un velo húmedo conteniendo el torrente que somos.

POESÍA

Por esos días, tocaron a la puerta. Alguien cubierto de caucho impermeable y protector facial.

Nada más quedar a solas, busqué un bisturí y puse sobre la mesa el bulto orgánico que parecía latir. No miento, se abrían las capas de resguardo, se iban recogiendo los bordes y daban una sensación de hondura, de caída hacia el país de las maravillas.

Sin mascarillas ni toque de queda, con el miedo puertas afuera, las palabras esparcieron, una vez más, su dosis de lo eterno.

BELTRÁN

Se tratará de dormir intentando retirar pensamientos mezquinos. Como quien busca piojos en la cabeza, abrir el pelo y retirar parásitos que anidan ahí donde tenemos nuestra reserva de energía.

Beltrán me cuenta de sus zanahorias y rabanitos, cuánto han crecido y cómo lleva retratando los amaneceres uno por uno. Asegura que jamás ha visto repetirse las nubes, ni los espesos oleajes, ni la forma en que se va develando el borde de las islas.

Pensar en eso antes de dormir. Escuchar ese acompasado oleaje, esa voz.

NOTICIAS

La Bauda entró a picotazos. Ella dice que la atacó en furiosas arremetidas, no bastaron sus gritos ni los brazos como aspas. Recogió una vara y se trenzó en una pelea con el pájaro.

Tanta furia fue descargada en la oscuridad.

Al otro día salió a mirar y ahí estaba el cadáver, abatidos sus malos presagios.

ASEO

Tomar un trapo y hacer el ejercicio de limpiar hacia dentro. Repasar las rebeldes convicciones, sacar las costras de lo que se ha aprendido y abrirse a reconocer los magníficos habitantes del espacio interior.

EL GATO

Con un papel de periódico bien arrugado, limpiar el vidrio lo más lentamente posible. Solo un pedacito y mirar desde allí, el afuera. Ampliar el círculo para sorprenderse de a poco. Mirar como si fuéramos un gato, o un anciano, o un niño que aún no sabe nombrar. O alguien que ya está muerto o uno que volvió de otros mundos.

LA CARTA

La nieta está parada frente a la ventana, espera al cartero. Hay abuelas que hurgan en sus cajones y han encontrado sobres, flores secas y tarjetas. Abuela y nieta retoman el papel, se han detenido en las letras, en las frases. A veces la carta solo trae dibujos del rincón que están preparando para sentarse a contar todo lo que les pasa. Buscan palabras para mantener el cuento y seguirlo hilando cuando se junten de nuevo.

TEMPORAL

No sirve de nada temer a los elementos, más vale entregarse a la experiencia natural que a veces deja caer todo el violento azote en los cimientos de la casa. Se aconseja acercarse a la ventana y mirar, con el cuerpo detenido capturar imágenes que no se verán otra vez en algún tiempo: las nubes negras que corren en el cielo, que se topan con ruidos estremecedores; el mar y su tren de olas arrastrando un peso enorme que no se ve, pero se adivina.

Contar los rayos que caen como las palabras de la abuela con su elevada moral. Ver cómo se deshacen allá lejos.

RASTROS

Los primeros comedores de papas antes de nosotros tenían una mente botánica, dice, mascaban hojas de boldo para los dolores. Sabemos por los huesitos si alguien fue feliz o desdichado.

Mientras habla, limpia las cavidades con pinceles y brochas. Va revisando el dolor de los huesos y respira con alivio, con el polvo en suspensión, cuando logra reconstruir una sonrisa.

SALUDO

Buenos días, buenos días, decirle a las nubes cargadas de agua que llenarán los pozos y alegrarán plantas, raíces, cada cuenco, oquedad, boca.

Buenos días al silencio profundo, denso de las primeras horas.

Buenos días a los que se vayan levantando y enrielandos en los quehaceres.

Buenos días, disponiéndose a unas horas que podrían ser espléndidas.

Buenos días a pesar de la cuarentena que nos sume un poco más en los pliegues de esta casa.

FILO

Sacar filo a todos los bordes de acero, tener preparadas las hojas para hacer los cortes necesarios. Hay púas también y malas miradas. Hachar, talar, volverse feroz para proteger los claros tan trabajosamente conseguidos.

LAS FLORES

Por ningún motivo olvidar a los muertos. Sentarse con los niños de la casa alrededor de la mesa de la cocina y ponerse a elaborar flores enceradas para cuando se pueda ir otra vez a conversar con los que partieron. Unos cortarán pétalos de papel volantín, otros enderezarán alambre para los tallos; la madre calentará restos de esperma y —si tiene— le agregará velas de colores. Mientras todos trabajan, se irán acordando de los mayores, lo que hacían, cómo eran. Se hablará de ellos hasta que aparezcan y se sienten en el corro con sus cuerpos de aire. Se tomarán las flores desde el alambre y se sumergirán en la cera, se dejarán enfriar y se colocarán en el canasto que se ríe a boca abierta.

VIGÍAS

Absortos, completamente sumergidos en la incertidumbre, como los viajeros de otros siglos.

Sin mapas, sin brújulas, apenas un timón que gira ante los ventarrones como ruleta de la suerte.

Firmes guardianes de los territorios inconmensurables que cada uno contiene.

OREJONES

Las buenas son las manzanas trompita de oveja o las febreras. Después de sacarles el corazón, se actúa con firmeza sajando en gajos el cuerpo oloroso. Hay que actuar con rapidez para que no se oxiden los cortes, se toma la aguja y se van uniendo en una tira larga, separados como si estuviéramos colgando ropa al sol. Si no hay collín en la casa, se van colgando los cordeles por alrededor de la estufa, en altura para que no se choque con ellos y se dejan secar hasta el invierno, entonces recién recuperarán la dicha del sabor y la fragancia en postres con chuño y vino tinto.

AGUALLUVIA

Habrás de poner una taza bajo la llave que gotea, junta ese líquido para lavarte la cara. En las bajadas de agua coloca tiestos en desuso, una tetera vieja, un tarro de café. Cuando llueva, acumularás agua para regar tus plantas.

OLEAJE

Se desprende la lancha con dulzura del muelle. El cordón que la une a tierra firme se va soltando de a poco y el agua la acoge entre lamidos.

Allá va colorida y expectante sobre el mar que la mece.

Los que estamos en tierra adivinamos el viento inevitable. La materia oscura del océano que sacudirá sus cuadernas.

EL VESTIDO

Recuperar el dedal, la aguja y el hilo. Desempolvar la máquina de coser y recordar a la abuela sentada cosiendo blondas en las bolsitas de los porotos para la clase de matemáticas. O a la madre haciendo bordes de género en la capa de plástico que hacía las veces de impermeable. O la misma madre cosiendo ropa para las muñecas. Acuérdate cómo peleabas con ella por los detalles del vestido para ir a la fiesta.

PAYAYAS

Por suerte habíamos traído piedras regulares desde la playa la última vez que salimos. Entonces, cada cual tiene su montoncito y las conoce, saben ellas cómo descansar en el dorso, adherirse al borde del pulgar y sostenerse contra el impulso de la gravedad. La mano se convertirá en todo el cuerpo y lanzará las piedras al aire para darse vuelta y recibirlas en el nido ahuecado de la palma, con su línea de la vida expresa y el pequeño triángulo de la suerte brillando en el centro de la palma.

Sabemos que gana el que se queda con las piedras de los otros, pero las donamos festivos en atención a las delicadas maniobras. Respeto a la destreza.

ESPONSALES

Hunde tus pies en el barro, sin zapatos, la planta expuesta al goce primitivo. Prueba a quedarte bajo la lluvia, empapada. Siente el agua cayendo sobre tu cuerpo, cierra los ojos, saborea los arroyos que caen por la cara. Saca la lengua, ahuécala y sostenla así hasta llenar el cuenco golosamente.

MILAGRO

Lo murmuran las vecinas, llega a nuestros oídos con el rumor del viento. Tenía 30 años y el virus lo venció, del hospital llamaron a los padres para que viajen a buscar el cuerpo. «Si se apuran, alcanzan a despedirse» dicen que les dijeron. Atravesaron cercos, usaron atajos. Llegaron y los dejaron entrar.

El hijo despertó, volvió a la vida.

Cuánto habrá rogado ese padre, repiten las vecinas. Cuánto.

COSTRAS

El borde de los caminos acumula bolsas, pedazos de muebles, artefactos en desuso, restos de ropa, colchones.

Aquí estamos —murmuran los desechos— no vuelvas la cara.

Cárcavas, zarpazos en la carne de la ciudad que amas.

MURTAS

Regresan las mayores con los canastos llenos. Mientras recogían al borde del barranco, fingieron sorpresa cuando pasaron los hombres con sus carretadas de algas. Risitas y torpes manotazos carnales.

Ahora el olor se despliega por toda la casa. Conviene repartir una taza colmada a cada uno antes de empezar el trabajo. El contenido de los canastos se desparrama sobre la mesa cuidando de que no caigan al suelo y se empieza por arrancarles las coronas —que sepan su delicioso destino popular— y el tallo, porque ya no están amarradas a ninguna planta y ahora serán guardadas para acompañar las celebraciones de invierno. Se saca todo aquello que estorbe al grano redondo. Las palabras maduran a la altura de los ojos.

ESPEJO

Mirarse en el espejo más pequeño de la casa, o en el reflejo de un vidrio. Revisar las huellas de las distintas edades que has vivido.

MARTE

En 2050 caminará un hombre sobre el planeta Marte. Ya se están planificando viviendas y carreteras y centros comerciales. Siempre mirando el firmamento.

Olvidamos que saliendo de nuestra atmósfera, no somos más que una agrupación de células, materia perdida.

Acá es donde está nuestro destino, en estos cauces casi secos de los ríos, entre los árboles escasos, en el cuenco de agua que miramos con avidez.

SALICORNIAS

Allí donde termina la playa, se arrastran unos tallos finos. Los reconocerás por el verde intenso, brillante, hinchados por su lenta absorción de agua salada. Como dedos de un organismo tentacular, trátalos con amorosa disposición; no saques solo uno, sino el racimo.

En la mesa, recíbelos con el paladar sedoso, la lengua esponjada.

SALOMA

Rumores vegetales aleteos que no se oyen, solo se presienten. Sombras queriendo volver a los espacios de luz, la espera latiendo, susurros de clavos perdiendo su pared. Se funden planos de realidad, se esconde el niño para llorar.

La falla es tener conciencia.

Las máscaras colgadas en la pared. Sonidos del ramaje. Pasos celestes, ásperos humores, rincones enmohecidos. El cese de ruido se decreta con la mano levantada y todo el espacio en torno se detiene.

Rumor vegetal aleteos sombras latir de sombras fractura y falla. Moho. Máscaras.

EXPANSIÓN

Todo se aleja de todo, así fue desde el comienzo. Desde ese apretado núcleo primordial denso y caliente que explotó. Todo lo que conocemos partió de partículas que se asociaron y fueron formando estructuras, como semillas de las futuras galaxias.

Todo se aleja de todo a velocidades que no alcanzamos a medir.

Todo nos aleja hacia los bordes, fuera del centro amoroso de la creación.

Minúsculas partículas perdidas en la expansión inicial.

MADEJA

Rebuscar en el canasto de las lanas, hurgar entre los colores tomar un extremo del primero y tirarlo mientras va apareciendo la escena de una pelea entre los mayores, destejer las palabras hirientes y preguntarse por qué lo olvidamos.

LA CAJA

Forrar una caja de zapatos con recortes de género o papel, festonear los bordes, colgar —tal vez— de la tapa, pequeños adornos. Cada uno tendrá la suya. Poner dentro cada día una palabra en la mañana para que marque el día y otra en la noche que resuma su devenir. Fijar un día sagrado para abrir la caja. Se leerán las palabras lento lento, para que vayan encontrando su lugar en el complicado mapa de los días.

TIEMPO DE GUARDA

Hay que guardar espacio para lo amargo. La madre logra sentar, una vez más, a los suyos en torno de la mesa, con un humeante cujen de grosellas apenas dulcificado. Se saborea riendo y construyendo memoria en torno a la arisca fruta.

También es amargo mirar el cielo y notar que aquello que resplandece son miles de satélites, ojos vigilantes, basura espacial.

FUEGO

La campana también se quemó en el incendio de la iglesia, pero aún resuenan sus rítmicos llamados en los oídos de los viejos.

Descansa el tímpano del hervidero.

Entrégate al sosiego y volverás a sentir el viento que trae sirenas de bomberos, ambulancias.

Pon atención a lo que ocurre a otros. Y escucha la lengua espesa de la tierra.

BEBEDERO

El niño más triste puede hacer un bebedero para pájaros con agüita azucarada para que se asomen con su plumaje tornasol y descansen juntos del intenso aletear.

TENEDORES

Protegerse como un explorador, con linternas, ropa liviana, guantes y salir a buscar objetos perdidos. La casa ha ido tragándose a lo largo de los años calcetines, tazas, manteles, cuadernos de notas, tenedores ¡cuántos tenedores! Hacer un mapa y repartirse las rutas de búsqueda.

RESTOS

Prepararse para cuando se pueda salir. Como después de un temporal, hay que ir a la playa y recoger lo que varó. Todos los locos, cochayuyos, piures que se soltaron con las furiosas arremetidas del mar. Recoger todos los restos que nos sirvan para el buen vivir.

PORVENIR

El porvenir nuestro está allá atrás.
Y bien adentro.



De la
escritura

La voz plural de Rosabetty Muñoz

Muy a comienzos de este siglo viajé a Ancud, Chiloé, para visitar al poeta Adán Méndez. Pasé allí poco tiempo; el suficiente, en cualquier caso, para acudir a la casa de Rosabetty Muñoz, invitado con Adán a compartir un curanto. Puede que más de un lector o lectora no sepa qué es un curanto. Yo no lo sabía cuando fui a la casa de Rosabetty. Me enteré entonces de que es un plato tradicional del archipiélago de Chiloé (aunque, más propiamente, creo, es un método de cocinar). Sus rastros se remontan, al parecer, a once mil años atrás. Sus componentes principales son mariscos y papas, a los que se añaden carnes, embutidos y crustáceos. Para su preparación se utilizan piedras calentadas al fuego en un hoyo. Sobre las piedras ya calientes (o, en una versión más doméstica, en una olla) se disponen sucesivas capas de alimentos que se van cubriendo con hojas de nalca (una especie de ruibarbo propio del sur del continente). La palabra *curanto* proviene del mapudungún *kurantu*, que significa ‘pedregal’. Se comprenderá mi asombro al asistir a los lentos preparativos de este plato prehistórico y algo intimidante, en una parcela próxima al mar, un día soleado.

Así conocí a Rosabetty, que junto a Juan, su marido, desplegaba su radiante humanidad ocupándose de todo sin dejar de conversar y de atender a sus invitados. No volví a verla ni mantuve ninguna correspondencia con ella. Fui leyendo su poesía a retazos, desordenadamente, dado que –cosa sorprendente, pero no excepcional– en España, donde vivo, hasta hace muy poco no han circulado sus libros. Solo recientemente me ha sido dado leerla con amplitud, apreciándola en todo su poderío y en toda su riqueza. Fue en ocasión de haberse publicado en Chile su *Poesía reunida* en 2024, el mismo año en que le ha sido concedido a Rosabetty, tan merecidamente, el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda que el presente volumen conmemora.

El ya viejo recuerdo que acabo de exhumar, esa remota jornada en Chiloé, con su resplandor de mar cercano, la luz de diciembre, el olor a marisco, el rito ancestral, la pequeña comunidad de amigos, las risas, el vino y la intemperie compartidos... este recuerdo resulta tan conveniente para poner al frente de una presentación de la poesía de Rosabetty que –me digo– bien podría ser tomado por un invento de mi mala memoria destinado a escenificar algunos de los aspectos que habitualmente se destacan al hablar de ella.

Pienso, por ejemplo, en su declarado arraigo a su Chiloé natal, al paisaje natural y humano del sur de Chile; en su activa militancia en la suralidad –y en la insularidad–, y en la vigilante distancia crítica que comporta respecto a los centros de poder y hegemonía tanto cultural como política y económica; pienso en la resistencia que, en nombre de las comunidades a las que se siente ligada, opone a los devastadores efectos de la colonización industrial y turística no solo sobre el medioambiente, sino también sobre formas de vida, de producción y de trabajo que hasta hace poco se habían mantenido al margen de las dinámicas del capitalismo; resistencia también al socavamiento, por parte de los medios de comunicación masiva, de la cultura tradicional, de cuanto sobrevive de una espiritualidad acorde con la naturaleza y sus ciclos, de unos característicos usos lingüísticos y de una no menos característica manera de conducir las relaciones interpersonales.

A partir de las marcas que todo esto ha dejado en la poesía de Rosabetty, es costumbre emplear a su propósito etiquetas tales como «ecopoesía» y «etnopoesía», y se enfatiza, no sin buenas razones, su bien ganada condición de gran poeta chilota. Cosas todas muy plausibles, pero que contribuyen demasiado a menudo, sobre todo cuando se ponen muy por delante, a encuadrar de manera reduccionista una obra cuya potencia y significación trascienden toda territorialidad. No se trata solo de neutralizar la condescendencia que el centro suele ostentar respecto a la periferia. Se trata además, y antes que nada, de subrayar la universalidad de los temas y asuntos que aborda la poesía de Rosabetty, del acierto con que, por muy situada que su poesía sea –o quizá por virtud de ello–, consigue dar voz a problemas, realidades y sentimientos que conciernen en idéntica medida, y con la misma urgencia, al habitante del sur de Chile que al ciudadano europeo o asiático, y no solo norteno o santiaguino.

Algo semejante cabe decir respecto al sesgo abiertamente feminista de toda su obra. Pues he aquí que, cargado de memoria histórica, de humanidad postergada y resiliente, el término *mujer*, en boca de Rosabetty, se desborda en sus múltiples acepciones de hembra, de madre nutricia, de criadora; de cuerpo deseante y reparador, pero también doliente, cuerpo violado o explotado o prostituido; en cualquier caso, mapa de una geografía moral, sensitiva y afectiva que puja por reinventar las coordenadas de nuestro mundo. Ni resignación ni mansedumbre tienen lugar aquí, por grande que sea el sufrimiento elaborado. «Acallo la loba que contengo», decía de sí misma Rosabetty en una vieja conversación. Y esa loba nunca del todo enmudecida se me figura amamantando, como la Luperca romana, a dos cachorros de aspecto humano que acaso sean el amor y la rabia.

La apelación al origen no supone para Rosabetty ninguna suerte de adanismo. Su poesía asume la tradición en que interviene y se nutre tanto de la lectura de los grandes poetas chilenos que la han precedido como del contacto vivo y cómplice de los poetas de su generación y de su entorno cultural y geográfico. No se pretende ni se quiere sola, tampoco aislada: «Apuesto por una comunicación mayor con quienes completarán la experiencia poética según la entiendo, algo así como una experiencia colectiva concentrada», ha dicho.

Desde su primer libro, *Canto de una oveja del rebaño* (1981), la poesía de Rosabetty ha mantenido una notable coherencia formal. Cada poemario coloniza, por así decirlo, el nuevo territorio temático que se propone explorar por medio de un puñado de poemas –por lo común breves, concisos, intensos– en los que el hablante lírico suele ser múltiple. «Me gusta hablar en plural», ha dicho más de una vez Rosabetty. Y también: «Me interesa una palabra que une a su propia substancia la de otros. No soy yo la que habla, cuando menos no soy solamente yo, sino varios, y ampliando esta capacidad, soy capaz de contenerlos». De este modo explica ella su originalísima manera de poner en juego un conjunto de voces que parecen atravesar la suya propia. Cada una de estas voces emite una nota cuyo alcance último se fía al efecto coral del conjunto.

Desde el punto de vista compositivo, cada poemario de Rosabetty propone una constelación o, más propiamente, un archipiélago de pequeños poemas a la vez aislados y reunidos por una misma materia compasiva y afectiva. Alguna vez se ha comparado

su proceder con el de Edgar Lee Masters y su célebre *Antología de Spoon River*, un paralelismo que no cabe llevar demasiado lejos, pero que sirve para procurar una idea del efecto conseguido.

«Lo que me mueve y me motiva es borrar lo personal», declaraba Rosabetty en una entrevista. «... creo que voy a estar contenta cuando nada mío se note. Solo quiero dejarme traspasar por las voces, ser un canal». Por ahí la operación poética de Rosabetty bebe hasta cierto punto de la antipoesía de Nicanor Parra, atenta a captar la lengua de la calle, las frases hechas. También Rosabetty ha llegado a declararse a sí misma «ladrona de frases» y a jactarse, como Parra, de que en algunos de sus poemas apenas ha puesto otra cosa que el título. Pero ella trabaja en un sentido radicalmente distinto al de la antipoesía. No se trata en su caso, como allí, de convertir el poema en «una configuración lingüística autosuficiente», radicalmente despersonalizada. Se trata, por el contrario, de construir «una voz comunitaria». Por otro lado, aunque afín a muchas de sus inquietudes, la poesía de Rosabetty es ajena al humor caníbal de Parra y a su resuelta voluntad transgresora, todavía en la inercia liquidadora de las vanguardias. Sus poemarios aspiran no solo a impactar, sino también a conmover al lector y a movilizarlo en dirección a una toma de conciencia que lo sensibilice acerca de las realidades a menudo espinosas que escoge abordar.

El verso libre de Rosabetty carece de florituras. Su fraseo es frugal, siempre cuidadosamente escandido, transparente aun en la mayor oscuridad. Pese a la atención que presta al habla local, a determinados modismos (términos en aparente desuso que sin embargo se siguen oyendo en Chiloé), Rosabetty es reacia a emplear un léxico extraño a la comprensión del más común lector. Sutiles repeticiones, motivos recurrentes (en *Ligia*, por ejemplo, una caja de fósforos con la cordillera dibujada) tejen, entre las diferentes piezas, una malla casi orgánica que contiene la dispersión aparente.

La misma Rosabetty ha observado que la actitud lírica más presente en su poesía es enunciativa, y cómo hay en ella «muchos poemas que tensan los límites de lo lírico y lo narrativo». Esta tensión es sin duda una de sus características más acusadas. Rosabetty ha evocado más de una vez el sustrato de leyendas, mitos y canciones de que se nutrió su infancia chilota y que su poesía moviliza de manera a menudo subliminal. Lo lírico y lo narrativo son indisociables en

la mentalidad infantil tanto como en la primitiva. La poesía arcaica ofrece buenas pruebas de ello, empezando por la lírica tradicional castellana, donde el gemido casi siempre femenino habitualmente arrastra ecos de tragedia («En Ávila mis ojos / dentro en Ávila»). Al incorporar a la suya propia otras voces, Rosabetty atrae con ellas sus respectivas historias, siquiera en estado larvario. Hasta cierto punto, sus poemarios se pueden «contar», y no es casual que no pocos de ellos empleen la prosa o alternen prosa y verso. A esta intrínseca narratividad que les es propia apelo para, teniendo presente lo dicho hasta aquí, amagar a continuación un «recuento» de los libros seleccionados para este volumen.

II

«No vivo en el sur de Chile por accidente de nacimiento solamente», ha dicho Rosabetty Muñoz. «Se trata de una decisión consciente para cuidar mi vida que es el material de mi poesía. [...] Pienso que Chiloé es un lugar de privilegio para la escritura principalmente por la complejidad de su situación en el imaginario continental. Hay un cierto discurso que lo ha dibujado como espacio utópico y se ha difundido esa imagen con tanta fortuna que ha terminado por convencer a los propios isleños de un supuesto paraíso donde la naturaleza ha sido propicia para que el ser humano sea mejor».

La poesía de Rosabetty ha estado desde un principio advertida contra ese espejismo. De hecho, cabe decir que, en cierta medida, tematiza la experiencia de la «pérdida del paraíso». Pero ese «paraíso perdido» no es tanto el de un Chiloé idealizado como el mucho más privado y universal de la infancia. «El esfuerzo de mi escritura es dar alguna coherencia a la videncia de una infancia plena de misterios, pero fuertemente marcada por el afecto y los valores comunitarios junto al despertar adolescente en plena dictadura militar. El dolor, la angustia incluso, provienen de esa pérdida fundamental: la experiencia de pertenecer a un espacio más humano, más cerca de la justicia». Lo decisivo, en cualquier caso, es la determinación, por parte de Rosabetty, de no reconocer esa pérdida como un hecho consumado. Lejos de eso, su poesía se nutre de la confianza en reconquistar ese «espacio más humano» que le confiere un recalci-trante sentimiento de pertenencia nunca del todo apagado.

Los cinco poemarios reunidos en este volumen pertenecen todos a la etapa de madurez de Rosabetty. Los cinco fueron publicados sucesivamente entre 2005 y 2021. Son, pues, el producto de dos décadas de continuada actividad poética y trazan, sumados, una expresiva parábola muy ilustrativa de esa dialéctica entre pérdida y conquista, entre realidad y deseo, entre luz y oscuridad, que articula toda su trayectoria.

Ratada (2005) es un poemario gore, distópico, casi apocalíptico, en las antípodas de las postales turísticas que pudieran atraer a algún lector despistado por determinados tópicos equívocamente asociados a la suralidad. El poemario proclama su condición pesadillesca ya desde el epígrafe que le sirve de pórtico, una leyenda doméstica conforme a la cual los piojos de la cabeza serían criaturas de la pena o del miedo: «todos esos bichos están dentro de uno». Se presenta aquí una humanidad degradada que puebla un enclave maldito, estéril, pestífero, asolado por una plaga de ratas. «En esas playas / todo termina por secarse»... «No esperen una postal amable / deste pueblo de mierda»... «envases vacíos botellas bolsas»... «Hay días en que se puede caminar / sobre el odio endurecido»...

No siempre fue así, sin embargo. «Tiempos hubo en que deseamos / ser conocidos por hazañas / carreteras espléndidas / viajes descubrimientos»... «Bastaba, en tiempo propicio, / abrir la ventana y oler / el cilantro que crecía»... El espanto, en este lugar, brota «donde otrora estuvo la risa»... Todo mueve a pensar que esta colección de ruinas, de horrores, de espectros no es producto de la fatalidad, sino castigo, merecimiento: flota sobre estos poemas una atmósfera de derrota, de podredumbre, también de envenenada lascivia: «Las señas mezquinas / del pecado. Su marca». Esas sombras furtivas y dolientes fueron cuerpos «hinchados de bienestar». Pero «Si la pasión no gobierna, / si no es el cometa ardiente que nos ciega, / entonces, el bienestar: / un sarro en el alma». Nadie quiso atender los indicios –«panes quemados en el horno / quebrazón de platos / pájaros ahogados en el pozo»– que son «señales inútiles ahora». Pese a lo cual, cierta conciencia expiatoria alumbra hacia el final un destello de redención: «La gracia ha de caer en llamaradas / sobre las ruinas / sobre cada árbol, cerro, hendedura»... Un pálpito de alucinada esperanza sobrevive a la vacilante ironía con que, al final del poemario, alguien dice haber visto «A lo lejos / una figura suspendida en

el aire»... Otra voz, en su movimiento de fuga, distingue «un letrero en la ventana miserable» donde se lee: «Dios ama a esta familia».

Ratada supuso un punto de inflexión en la trayectoria poética de Rosabetty, quien ha dicho que «allí se concentra el sedimento de los males que acechan este tiempo y que trascienden ampliamente los cercos geográficos». De ahí que tenga escaso interés documentar la realidad inspiradora de este poemario (una de tantas ratadas nada infrecuentes en la Región de Los Lagos), que propone, en lo sustancial, una visión del mundo a que nos abocamos.

Atroz y desolador como *Ratada*, el díptico en que se desdobra *En nombre de ninguna* (2005) segrega dolor y rabia antes que repulsión. Resulta estremecedor considerar a qué negros hoyos se asomó Rosabetty en aquellos primeros años del siglo, a qué oscuro designio se sintió llamada. «Hay que hablar del miedo / de la descomposición de la memoria», se dice en uno de los más terribles poemas de este poemario terrible. «No es tiempo de amarrar la lengua. / No es tiempo del zumbido necio / de la decepción».

«Álbum familiar» (así se titula la primera parte del díptico) es una colección de «muñecas» rotas a las que el genio ventrílocuo de Rosabetty pone voz para permitirles contar, en breves tiradas de prosa patética, sus historias tremebundas. «La sombra de la hija» (así se titula la segunda parte) es un casi insoportable obituario de abortos, de bebés nonatos. Imposible descender más hondo en el recuento del daño y la desgracia. «Se traviesa la página en blanco / con una rama de buscar agua / hasta dar con el caudal, la fuente», se lee en el poema titulado «Caudal». Pero la fuente con la que se da aquí es la de la más negra desdicha: fuente de lágrimas también negras que entonan, con herida irrestañable, un *Stabat Mater* en el que jovencitas violadas por sus propios familiares lloran sosteniendo sobre sus faldas, en lugar de un Cristo yacente, «una bolsa negra que contiene un niño».

«Escribir poesía es un movimiento serio y descarnado», ha dicho Rosabetty. «La crudeza es necesaria, pero no quedarse en ella en forma simplista; la palabra funcionando como bisturí que saca la carne muerta para permitir una sanación. [...] La palabra poética puede acercarse a ese espacio de lo dicho –encubierto, oculto– y develar su densidad. Y lo puede hacer con mayor fuerza amatoria que otros lenguajes». Esa es su grandeza, cabe añadir.

Catorce años transcurren entre *En nombre de ninguna* y el siguiente poemario, *Técnicas para cegar a los peces* (2019), que sin embargo parece abocarse, ya desde su título, a un territorio tan oscuro como el de los dos libros anteriores. Así parece confirmarlo la breve secuencia de poemas preliminares –«*Dios nos puso en un jardín* decían / *Y lo perdimos*»–, entre los que sin embargo brota de pronto, inesperada, «La flor de la dicha», una pieza que concentra toda la luz que es capaz de emitir, aun en las más tenebrosas profundidades, la poesía de Rosabetty.

Tres pequeños cuadernos componen este libro, empeñado, pese a todo, a abrirse a una nueva claridad. El primero de ellos, «Marea roja», alude a una tragedia bien localizada en la historia reciente de Chiloé: la llamada «crisis de la marea roja» o del «Mayo chilote», una catástrofe ambiental y económica ocurrida en el otoño austral de 2016 a consecuencia de la floración masiva de una microalga altamente nociva provocada por los vertidos de las industrias salmoneeras. El desgarrado quejido y la denuncia adquieren aquí unos contornos muy reconocibles que los hacen particularmente acusadores. Pese a lo cual, entre los acentos a ratos jeremíacos y tronantes –«Maldición eterna a quienes vejaron el paraíso»–, se dejan oír trazos de canción. Es como si la cólera no pudiera resistirse al mandato de la esperanza: «Restituir a la isla su condición de madre». El último poema de este primer cuaderno tiene todo el aspecto de un programa: «Que el silencio actúe como concha de ostra / mientras dentro de sí se concentra la materia de una perla. / Desde ahora».

El segundo cuaderno de *Técnicas para cegar a los peces* se titula «Restauradores» y es, de nuevo, un puñado de viñetas narrativas que en este caso describen con exquisita delicadeza los trabajos de un equipo de restauradores ocupados en recomponer diversas tallas en madera de vírgenes y santos procedentes del archipiélago de Chiloé. «Ninguno del equipo tiene fe», se repite aquí a modo de *leitmotiv*. Lo que no priva de sentido su tarea, que parece guiada por este presupuesto: «Intervención crítica es ver el tiempo, darse cuenta de que todo está destinado a desaparecer. No escamotear esa verdad. Lo único perdurable es la muerte. El esfuerzo es sostener unida la materia con estos trucos elaborados para guardarlos hasta la generación siguiente. Ir arrastrando la imagen que amaron los antiguos».

Cristos y vírgenes, santos y santas de la tradición católica de los que se ha apropiado la devoción y la imagería populares habitan desde muy pronto la poesía de Rosabetty, quien ha declarado que «lo religioso traspasa casi toda mi escritura», para hablar luego de «las imágenes de los santos en las iglesias, la fe de los sencillos, el sentido de la fe en las comunidades chilotas que se define por la necesidad de creer en este cuerpo sagrado que es común y del que participan todos». Entreveradas con los relatos de una cosmovisión mítica, las remotas enseñanzas de los misioneros jesuitas segregaron en su momento una iconografía tosca e ingenua de la que Rosabetty acierta a servirse con efectos conmovedores. Así ocurría ya en 1998, cuando publicó todo un poemario titulado *La Santa. Historia de su elevación*. El tercer y último cuaderno de *Técnicas para cegar a los peces*, «Lengua de santas», formado por solo cinco piezas precedidas cada una por un breve prólogo en prosa (una especie de recitativo), parece volver al territorio de aquel poemario, pero lo hace ahora, tras la larga travesía del infierno que ha supuesto el camino transitado desde entonces, con una resuelta sed de redención. Un aroma de romería, de peregrinaje, de procesión impregna estas cinco piezas en que la devoción popular termina el trabajo de los restauradores del anterior cuaderno, devolviendo a las tallas de santas y santos sus atuendos milagrosos, reponiéndolos a sus altares, reinvestiéndolos de su nunca perdida condición de espíritus del lugar, de la naturaleza profanada. «He aquí que los corazones palpitan. / Y las palabras brotan de las bocas, / todavía». La fe es aquí el agente catalizador de un sentido de la comunidad capaz de resistir los destructivos embates del progreso.

Ligia (2019), el cuarto poemario aquí reunido, posee una compacidad y una coherencia magistrales, y propone una lúcida exploración de la desgarradora experiencia del exilio. Puede que se trate del libro más programático de Rosabetty. Autoriza a pensarlo su arranque mismo («Se trata de trazar el mapa...»), la descripción de su propósito («Este es el ejercicio de acercar la vista») o el hecho de acudir, muy al principio, a su testimonio personal: «El primero fue mi abuelo». En cualquier caso, la condición polifónica común a todos los poemarios de Rosabetty se pliega en esta ocasión –como veinte años atrás en *La Santa. Historia de su elevación*– a una figura que aparece recurrentemente y que hasta cierto punto cataliza la

aventura poética que aquí se traza. Ligia es un nombre de resonancias míticas que algunos asocian a una de las sirenas que tientan a Ulises y su tripulación durante su ruta de vuelta a Ítaca. Antes de eso, sin embargo, es el nombre, también, de una entrañable amiga de Rosabetty que hubo de afrontar las penalidades del exilio. La poeta lo escogió para nombrar a la figura femenina cuyo cuerpo es comparado con un atlas por medio del cual «decir el país» que ha quedado atrás y al que se aspira a regresar. La geografía de Chiloé, con sus lomas suaves y sus ensenadas amables y acogedoras, siempre le ha recordado a Rosabetty el cuerpo de una mujer. En Ligia esa asociación da lugar a un ambiguo y eficaz juego de superposiciones.

En cuanto poeta, Rosabetty recrea la experiencia del exilio a través, sobre todo, de la relación del exiliado con el lenguaje: «Esas palabras que tanto usamos / fueron cayendo en un pozo / se perdieron en la profundidad», «... las palabras van muriendo / cercadas en otra lengua», «hay palabras que se quedaron / estancadas en mi voz / que ya / no volverán a decirse»... La lengua materna es el cordón umbilical que liga al exiliado con su patria («Uno quiere envejecer en su lengua. // Buscar, para morir / el sitio donde está enterrado su cordón») y es también el hilo de Ariadna al que en definitiva confía toda esperanza de retorno. Pero ¿retorno adónde? «Regresar, otro desgarró», se dice aquí. Ligia hurga dolorosamente en los espejismos del regreso, y al hacerlo denuncia la indiferencia de quienes se quedaron: «Les ha parecido bueno sacarnos del futuro». Hay aquí una doliente impugnación no solo de la dictadura, sino del intento de pasar página que supuso la Concertación: «Este es el país que se construyó / para esto les sacaron las uñas a los amigos / y tiraron al mar cuerpos amados / atados a rieles». Pese a lo cual, este poemario esboza, muy al final, la propuesta esperanzada de una lengua alternativa «para decir el presente» que no sería otra que «la lengua de la madre», «que atraviesa continentes / cargada de olores marinos / pero sobre todo murmullos / canciones / cuentos». La lengua de los exiliados supondría, acaso, la posibilidad de reandar el camino errado y deshecho, de reaprender la propia lengua y reescribir con ella una nueva historia. La memoria nunca es en Rosabetty un pretexto para la nostalgia, sino una herramienta de «búsqueda de claves que permitan la justificación de ser y vivir en este tiempo enajenante», según ella misma ha declarado. El último poema de *Ligia*

es una visión luminosa, voladora, de almas migratorias llegando a la «isla», Chiloé convertida una vez más en cifra de una experiencia hoy más universal que nunca: la de los incesantes y masivos movimientos que por razones políticas o económicas, por guerras, tiranías y hambrunas, desplazan a millones de personas lejos de sus lugares de origen.

El último de los poemarios aquí reunidos, *La voz de la casa. Ejercicios para vivir el confinamiento*, tiene un origen y una historia muy particulares. Algunas de sus piezas fueron colgándose en la web de la Universidad Católica del Maule en los meses de mayo y junio de 2020, durante el confinamiento por la pandemia de la covid. Muy significativamente, la primera edición del libro tuvo un carácter artesanal y una distribución familiar (40 ejemplares cosidos a mano). Se trata de un recetario de buenos usos, de buenas prácticas, que se postula como una especie de conjuro contra tanta desolación. «Las palabras tienen que servir para sanar», piensa Rosabetty: y a ello se aplica. No cabe mayor contraste con la sombría atmósfera de los poemarios anteriores, en particular los dos primeros. De hecho, *La voz de la casa* parece establecer un contrapunto deliberado con *Ratada* en la medida en que comparte un escenario afín: también aquí nos hallamos inmersos en una plaga, bajo la amenaza de la muerte y de la enfermedad, azotados por una epidemia que en este caso tuvo dimensiones planetarias. Imposible no recordar el sombrío epígrafe con que se abría *Ratada* al leer ahora esta instrucción: «Como quien busca piojos en la cabeza, abrir el pelo y retirar parásitos que anidan ahí donde tenemos nuestra reserva de energía». Es como si ese letrerito que parecía poner un sarcástico punto final a *Ratada* («Dios ama a esta familia») hubiera germinado en profecía. A pesar de la «ordenanza» preliminar que recomienda denunciar a los infectados, deshacerse de los cuerpos queridos, mantener las distancias entre unos y otros, *La voz de la casa* apunta a lo contrario y se sirve de las circunstancias para proponer un viaje hacia dentro, una revolución interior que sirva de principio al reencuentro con uno mismo y con los demás. El poemario rezuma humor y simpatía, sabiduría y bondad, pero también una firme voluntad de conservar lo logrado a pesar de todo: «Hachar, talar, volverse feroz para proteger los claros tan trabajosamente conseguidos».

«Mientras observo las profundas transformaciones que experimenta cada día el territorio que habito, materia palpitante de la poesía que escribo, pienso en la necesaria participación de la palabra en la vida comunitaria», ha escrito Rosabetty, que ensaya aquí, por una vez, una forma abiertamente cordial de hacerlo. He aquí un insólito ejemplo de poesía aplicada al buen vivir, a la buena vida: poesía servida como una gran fuente de apetecibles y saludables alimentos –¡un curanto!– para compartir. Vienen a la memoria algunas páginas de santa Teresa haciendo recomendaciones a sus monjas e invitándolas a entender que «entre los pucheros está el Señor ayudándonos en lo interior y en lo exterior». Si bien aquí, entre líneas de tantos y tan buenos consejos de toda clase, lo que se va destilando es la poética misma de Rosabetty: «Todos, a las fragancias y el hermoso paladar, a la lengua original», «A la luz de una vela, continuar la rueda contando historias uno a uno mientras los sombreados rostros se muestran solo en fragmentos», «Se trata de dejar que las palabras cuajen y vayan cayendo sobre la mesa tan rotundas como el pan», «Acá es donde está nuestro destino, en estos cauces casi secos de los ríos, entre los árboles escasos, en el cuenco de agua que miramos con avidez», «Pon atención a lo que ocurre a otros. Y escucha la lengua espesa de la tierra»... Frases todas estas que contribuyen mejor que cuanto se lleva dicho hasta aquí a desvelar las claves de la poesía de Rosabetty, las de su trayectoria entera y las del perturbador y emocionante recorrido que traza este volumen, al que sirve de inmejorable colofón el mismo con que se cierra *La voz de la casa*: «El porvenir nuestro está allá atrás. Y bien adentro».

IGNACIO ECHEVARRÍA

Barcelona, abril de 2025

Bibliografía

LIBROS

- Canto de una oveja del rebaño*, Santiago, Ediciones Ariel, 1981; Valdivia, El Kultrún, 1994.¹
- En lugar de morir*, Santiago, Editorial Cambio, 1986.
- Hijos*, Valdivia, Editorial El Kultrún, 1991; Temuco, Ofqui Editores (edición corregida y aumentada), 2016.
- Baile de señoritas*, Valdivia, Editorial El Kultrún, 1994.
- La Santa. Historia de su elevación*, Santiago, Lom Ediciones, 1998.
- Sombras en El Rossetot*, Santiago, Lom Ediciones, 2002.
- Todas en mí*, Valdivia, Editorial El Kultrún, 2000 (*plquette*).
- Ratada*, Santiago, Lom Ediciones, 2005; Concepción, Editorial Universidad de Concepción (edición corregida y comentada), 2023.
- En nombre de ninguna*, Valdivia, Editorial El Kultrún (edición privada), 2005; Valdivia, El Kultrún, 2008; Valdivia, Ediciones Kultrún, 2017; Monterrey, Ediciones Caletita, 2022.
- Ligia*, Santiago, Lom Ediciones, 2019.
- Técnicas para cegar a los peces*, Valparaíso, Ediciones UV, 2019 y 2022.
- Santo oficio*, Santiago, Ediciones UDP, 2020.
- La voz de la casa. Ejercicios para vivir el confinamiento*, Talca, Ediciones UCM, 2021.

ANTOLOGÍAS PERSONALES

- Polvo de huesos*, edición y prólogo de Kurt Folch, Santiago, Ediciones Tácitas, 2012.
- Ceremonias*, edición de Claudio González Baeza, Buenos Aires, Ediciones del Árbol, 2012.
- Hay ovejas y ovejas. Breve antología personal*, Valdivia, Ediciones Kultrún, 2015.
- Chiloé, ovejas en la memoria*, Quito, El Ángel Editor, 2016.

1 La editorial se ha denominado «El Kultrún», «Ediciones Kultrún» y «Editorial El Kultrún».

- Misión circular*, selección y edición de Vicente Undurraga, Santiago, Lumen, 2020.
- Poesía en breve*, selección de la autora, prólogo de Vicente Undurraga, Santiago, Editorial Usach, 2020.
- La dicha del agua*, edición de Marisa Negri, prólogo de Graciela Cros, Buenos Aires, La Ballesta Magnífica Editorial, 2023.
- بوجلا نم دئاصق / Southern Verses / Versos australes* (edición no venal), Jaafar Al Aluni, Cinthya Steel y Anne Deeny (trads.), Beirut, Instituto Cervantes de Beirut, 2023.
- Poesía reunida*, edición de Jaime Bristilo Cañón, Santiago, Ediciones Tácitas, 2024.
- Ísola sacra*, Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, 2024.
- Ratada. En nombre de Ninguna. Ligia*, edición a cargo de Ana María Chagra y Bruno Montané Krebs, Barcelona, Ediciones Sin Fin, 2025.

ANTOLOGÍAS GENERALES (SELECCIÓN)

- Antología poética premio Pablo Neruda 1987-2005*, Santiago, Fundación Pablo Neruda, 2006.
- Bustos, Margarita (ed.), *NosOtras. Fugas y resonancias poéticas hispanoamericanas*, Concepción, Ediciones Escaparate, 2024.
- Calderón, Teresa, Lila Calderón y Thomas Harris (comps.), *Antología de poesía chilena II*, Santiago, Editorial Catalonia, 2013.
- Contreras, Gonzalo (comp.), *Poesía chilena desclasificada*, vol. I, Santiago, Editorial Etnika, 2006.
- Faundes, Juan Jorge (comp.), *Poesía revolucionaria chilena. Desde el sacrificio de Allende a la resistencia poética*, Santiago, Ocean Sur, 2014.
- Galindo, Óscar y David Miralles (eds.), *Poetas actuales del sur de Chile (antología crítica)*, Valdivia, Paginadura, 1993.
- Harris, Thomas, Cristóbal Joannon y Floridor Pérez (comps.), *Poemas de Chile*, Santiago, Ediciones Biblioteca Nacional, 2014.
- Morales, Andrés (ed.), *Antología poética de la generación del 80*, Santiago, Mago Editores, 2010.
- Rodríguez Gutiérrez, Milena, María Lucía Puppo y Alicia Salomone (comps.) *Metapoéticas: Antología de poetas hispanoamericanas contemporáneas*, Valencia, Pre-Textos, 2024.
- Valdés, Adriana (ed.), *Antología poesía chilena viva*, Santiago, Academia Chilena de la Lengua / Ediciones Tácitas, 2016.
- Valdovinos, Mario (comp.), *Esto es amor. Poesía chilena del corazón*, Santiago, Escrito con Tiza, 2021.
- Vilarino, Idea (comp.), Nicolás Gropp (ed.), *Antología poética de mujeres hispanoamericanas*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2001.

Villegas, Juan (ed.), *Antología de la nueva poesía femenina chilena*, Editorial La Noria, 1985.

ARTÍCULOS, CRÍTICAS Y ENTREVISTAS (SELECCIÓN)

Aguilar, Milton, «Poesía de una oveja descarriada», *Las Últimas Noticias*, Santiago, 25 de octubre de 1997.

Alonso Olave, Nicolás, «No amarrar la lengua», *Qué Pasa*, n.º 2197, Santiago, mayo de 2013.

Ariz Castillo, Yenny, «La loba y la luciérnaga. La heterogeneidad del discurso poético de Rosabetty Muñoz y Sonia Caicheo», *Acta Literaria*, n.º 31, Concepción, 2005.

Atal, Jessica, «Tres grandes poetas hoy», *El Mercurio*, Santiago, 15 de marzo de 2003.

Calderón, Teresa, «La poesía post 73 escrita por mujeres», *Simpson 7*, n.º 5, Santiago, 1994.

Carrasco, Iván, «Poesía desde Chiloé: Rosabetty Muñoz», *La Época*, Santiago, 24 de mayo de 1992.

——— «Las voces étnicas en la poesía chilena actual», *Revista Chilena de Literatura*, n.º 47, Santiago, noviembre de 1995.

——— «*Ratada* de Rosabetty Muñoz: metáforas de un tiempo cruel», *Revista Chilena de Literatura*, n.º 69, Santiago, noviembre de 2006.

Carvallo, Amelia, «Rosabetty Muñoz hizo poesía con lo que se habla en Chiloé», *El Austral*,

Temuco, suplementoku.cl, 23 de junio de 2019, <https://www.australtemuco.cl/impresas/2019/06/23/papel/?loc=http://www.australtemuco.cl/impresas/2019/06/23/full/suplemento-ku/1/>

Contreras, Mario, «La Santa, historia de su elevación», *El Llanquihue*, Puerto Montt, 26 de mayo de 1998.

——— «Rosabetty Muñoz, una poesía sin mayores enigmas, antecedentes preliminares», Gac-Artigas, Priscilla (ed.), *Reflexiones. Ensayos sobre escritoras hispanoamericanas contemporáneas*, vol. II, Monmouth, Ediciones Nuevo Espacio, 2004.

Cruz, Cristian, «*Baile de señoritas*», *El Valle de Aconcagua*, San Fernando, 16 de marzo de 2004.

Cuevas, José Ángel, «Santa historia del sur», *Punto Final*, Santiago, 9 de octubre de 1998.

Gaete, Cristóbal, «Al calor del fuego en Chiloé», *El Sur*, Concepción, 10 de abril de 2022.

Gandolfo, Pedro, «Lo bello trágico», *El Mercurio*, Santiago, 28 de octubre de 2012.

——— «No puede ser tan poca cosa», *El Mercurio*, Santiago, 15 de marzo de 2020.

- González Cangas, Yanko, «Acallo la loba que contengo», *Héroes civiles y santos laicos. Palabra y periferia: trece entrevistas a escritores del sur de Chile*, Valdivia, Ediciones Barba de Palo, 1999.
- Haase, Jenny, «“Para contarte de la isla”: entrelazamientos corporales, ecológicos y económicos en la poesía de Rosabetty Muñoz», Gesine Müller, Benjamin Loy (eds.), *Latin American Literatures in the World / Literaturas latinoamericanas en el mundo*, vol. 14, Berlín y Boston, De Gruyter, 2023.
- Labarthe, José Tomás y Cristián Rau, *La viga maestra. Conversaciones con poetas chilenos 1973-1989*, Santiago, Ediciones UDP, 2019.
- Lavín Almazán, Vivian, *Vuelan las plumas III. Entrevistas escogidas con la cultura y la ciencia*, Santiago, Ediciones Radio Universidad de Chile, 2012.
- Mansilla, Sergio, «Las desigualdades ideológicas de la imaginación poética y crítica. Una lectura de *Hijos* de Rosabetty Muñoz», *Literatura y Lingüística*, n.º 6, Santiago, 1993.
- Montealegre Latorre, Pedro, «Tengo el don del margen que significa ser de la provincia y ser mujer», *El Llanquihue*, Puerto Montt, 20 de marzo de 1998.
- Onell H., Roberto, «Ratada», *Anales de Literatura Chilena*, n.º 7, Santiago, diciembre de 2006.
- Paatz, Annette y Janett Reinstädler (eds.), *Arpillera sobre Chile. Cine, teatro y literatura antes y después de 1973*, Berlín, Edition Tranvía / Verlag Walter Frey, 2013.
- Pellegrini, Marcelo, «Fantasmas en cada rostro», *El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 10 de noviembre de 1995.
- Pérez López, María Ángeles, «Rosabetty Muñoz: entre el agua y la furia», *América sin Nombre*, n.º 16, Alicante, 2011.
- Prado Traverso, Marcela, «Poesía, espacio/paisaje e identidades en las literaturas latinoamericanas», *Cuadernos del Pensamiento Latinoamericano*, n.º 17, Santiago, 2011.
- Riedemann, Clemente, «Baile de señoritas», *El Llanquihue*, Puerto Montt, 19 de agosto de 1997.
- Rodríguez, Ignacio, «Imágenes congeladas. En nombre de ninguna de Rosabetty Muñoz», *El Mercurio*, Santiago, 9 de noviembre de 2008.
- Rojas, Wellington, «La insularidad de una poeta», *Simpson* 7, vol. 8, Santiago, segundo semestre de 1995.
- Schuster, Hans, «Hijos o la vida al sur de los canales», *Pluma y Pincel*, n.º 169, Santiago, 1994.
- «Canto de una oveja del rebaño, en la literatura de género», *El Llanquihue*, Puerto Montt, 15 de septiembre de 1998.
- «Rosabetty Muñoz. Tras la poética en *Sombras en El Rosselot* (notas para conversar sobre la poesía de la poesía)», *Logos*, n.º 13, La Serena, 2003.
- Tesche, Paula, «Rosabetty Muñoz. En nombre de ninguna», *Revista Chilena de Literatura*, n.º 78, Santiago, abril de 2011.

- Travis, Christopher M., «“Mi voz contra la tierra ahogada”: la consciencia ecopoética de Rosabetty Muñoz», *Anales de la Literatura Chilena*, n.º 30, Santiago, diciembre de 2018.
- Trujillo, Carlos, «Diálogos con la poesía del sur. Entrevista a Rosabetty Muñoz», *El Llanquihue*, Puerto Montt, 8, 15, 22 y 29 de agosto de 1993.
- Vial, Juan Manuel, «El mapa poético», *La Tercera*, Santiago, 13 de julio de 2013.

Cronología biográfica de Rosabetty Muñoz

[1960]

Nace en Ancud, algunos meses después del terremoto de Valdivia, el evento telúrico más grande del que se tiene registro. Fue la mayor de cinco hermanos. Su madre Elsa Serón Balle (1939-2024), también chilota, provenía de Huicha; su padre Eterio Muñoz Barría (1936), de Aysén.

[1968-1970]

Debido a los traslados de su padre carabinero vivió en distintas localidades del archipiélago de Chiloé, entre ellas la pequeña isla de Quenac.

[1972]

Su primer poema publicado aparece en el diario *La Cruz del Sur* de Ancud, cuando Rosabetty era estudiante de educación básica.

[1978-1979]

Deja Chiloé para estudiar Licenciatura en Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad de Concepción, en el centro geográfico del país. Participó en el grupo literario Sol Oscuro, del cual fue expulsada luego de dos sesiones.

[1980-1983]

Se traslada a Valdivia, donde estudia para Bachiller en Letras, mención Literatura, en paralelo a la Pedagogía en Castellano. En ese tiempo comparte con diversos colectivos, como Matra e Índice, del cual fue también fundadora.

[1981]

Publica su primer libro de poesía: *Canto de una oveja del rebaño*. Esta edición fue realizada artesanalmente en sesiones de taller por el grupo Ariel. Los 300 ejemplares de la tirada fueron repartidos clandestinamente durante la dictadura civil militar chilena.

[1984]

Comienza a trabajar como profesora de Castellano en el Liceo República de los Estados Unidos en Quemchi, Chiloé, establecimiento del que fue despedida por razones políticas.

[1985]

Vuelve a vivir a Ancud y a trabajar como profesora en el Seminario Conciliar de Ancud. Ahí conoce a Juan Galleguillos, quien será su compañero y padre de sus tres hijos: María José (1987), Juan Luis (1988) y Matías Nicanor (1989).

[1986]

Publica su libro *En lugar de morir* en Editorial Cambio, fundada por el poeta Aristóteles España (1955-2011).

[1991]

Publica *Hijos* en editorial El Kultrún, de Valdivia, bajo el cuidado de Ricardo Mendoza y con ilustraciones de Verónica Muhr. En palabras de la autora, este libro viene después de un período en el que pensaba que «se había secado el pozo de su poesía».

[1992]

Recibe mención de honor en el Premio Municipal de Poesía de Santiago, por *Hijos*.

[1994-1999]

Junto a su familia se traslada a vivir a Chaitén, donde trabajará como profesora en el Liceo Italia y se dedicará a la escritura de obras fundamentales: *Sombras en El Rosselot*, *Ratada*, *La santa. Historia de su elevación* y *En nombre de ninguna*.

[1994]

Publica *Baile de señoritas* en ediciones El Kultrún de Valdivia. El diseño de cubierta contó con un dibujo de su hija María José.

[1996]

Obtiene mención de honor en el Premio Pablo Neruda.

[1998]

Publica *La santa. Historia de su elevación*, en Lom Ediciones. Este mismo año viaja por primera vez a Estados Unidos (Filadelfia, invitada por el poeta Carlos Trujillo) y Europa (Barcelona, Lanzarote, invitada por la poeta Yolanda Soler) a presentar el libro.

[1999]

Recibe mención de honor en el Premio Municipal de Poesía de Santiago por *La santa. Historia de su elevación*.

Al regresar a Ancud, sigue trabajando como profesora; esta vez en el Liceo Domingo Espiñeira Riesco, el mismo donde había estudiado.

[2000]

Gana el Premio Pablo Neruda por el conjunto de su obra.

[2002]

Publica *Sombras en El Rosselot*, libro premiado por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura de Chile como mejor obra inédita.

[2005]

Publica *Ratada* en Lom Ediciones.

Ese mismo año aparece *En nombre de ninguna*, en edición artesanal a cargo de Ricardo Mendoza, editor de El Kultrún.

[2008]

Ediciones El Kultrún publica *En nombre de ninguna*.

[2012]

Recibe el Premio Regional de Arte y Cultura de la región de Los Lagos.

Aparece en Ediciones Tácitas la antología *Polvo de huesos*, a cargo del poeta Kurt Folch.

[2013]

Gana el Premio Altazor por su antología *Polvo de huesos*.

[2014]

Se convierte en miembro de la Academia Chilena de la Lengua.

[2019]

Publica *Ligia* en Lom Ediciones y *Técnicas para cegar a los peces* en Ediciones UV (Universidad Católica de Valparaíso).

[2020]

Publica la antología *Misión circular* en Lumen, edición a cargo de Vicente Undurraga, y *Santo Oficio* en Ediciones UDP (Universidad Diego Portales, Santiago).

Aparece también *La voz de la casa. Ejercicios para vivir el confinamiento*, en edición digital y liberada por Ediciones UCM (Universidad Católica del Maule, Talca).

[2021]

Recibe el Premio Municipal de Literatura de Santiago por el libro *Técnicas para cegar a los peces* y el Premio Atenea, por el libro *Santo oficio*.

[2022]

Gana el Premio Nacional de Poesía Jorge Teillier, que cada dos años reconoce a poetas cuyas obras han contribuido al patrimonio literario y cultural del país, y el Premio Chiloé de Extensión Cultural.

[2024]

Publica *Poesía reunida* en Ediciones Tácitas, donde se recogen sus doce libros publicados desde 1981 hasta 2022 y se añaden textos dispersos e inéditos hasta 2024.

Recibe el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda concedido por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de Chile, a través del Consejo Nacional del Libro y la Lectura. El reconocimiento se realiza a un autor o autora iberoamericana de destacada trayectoria, cuya obra sea considerada un aporte notable al diálogo cultural y artístico de Iberoamérica.



Premio
Iberoamericano
de Poesía
Pablo Neruda

Sobre el premio

El Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda es concedido por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a través del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, a un autor o autora de reconocida trayectoria cuyo trabajo sea una entrega notable al diálogo cultural y artístico de Iberoamérica.

Fue creado en 2004 por acuerdo entre el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio y la Fundación Pablo Neruda como homenaje al centenario del poeta.

El galardón es de carácter bienal y consiste en una medalla y cuarenta y cinco millones de pesos chilenos, hecho que lo sitúa como uno de los más relevantes de la región iberoamericana. Además, se compromete la edición de una antología poética del autor.

El premio es otorgado por un jurado internacional integrado por cinco personalidades —dos chilenas y tres extranjeras— de reconocido prestigio por su aporte a la creación o a la crítica literaria en el ámbito de la poesía, quienes son designados por la mayoría de los integrantes del Consejo Nacional del Libro y la Lectura.

El jurado, al momento de definir al galardonado, debe tener en consideración los siguientes criterios: trayectoria destacada del autor, crítica especializada de su obra y reconocimiento internacional.

Al jurado le corresponde definir al ganador, por mayoría de votos, ante la ministra de las Culturas, las Artes y Patrimonio.

El premio tiene carácter unipersonal y no puede ser declarado desierto, como tampoco puede ser otorgado de manera póstuma.

Hasta la fecha este reconocimiento ha sido recibido por José Emilio Pacheco (México), Juan Gelman (Argentina), Carlos Germán Belli (Perú), Fina García Marruz (Cuba), Carmen Berenguer (Chile), Ernesto Cardenal (Nicaragua), Antonio Cisneros (Perú), Óscar Hahn (Chile), Nicanor Parra (Chile), José Kozier (Cuba), Reina María Rodríguez (Cuba), Augusto de Campos (Brasil), Raúl Zurita (Chile), Joan Margarit (España), Elvira Hernández (Chile), Gloria Gervitz (México), Olvido García Valdés (España) y Rosabetty Muñoz (Chile).

Acta del jurado 2024

Hoy 27 de junio de 2024, en Santiago de Chile, reunido desde 11:04 hasta 13:30, el jurado compuesto por Olvido García Valdés, Carmen Alemany, María Luisa Fischer, Cecilia Vicuña, Santiago Vega (Washington Cucurto), de común acuerdo, remite lo siguiente:

Otorgar el premio Iberoamericano de poesía Pablo Neruda 2024 a la escritora chilena Rosabetty Muñoz Serón por las siguientes razones:

Rosabetty Muñoz escribe una poesía *situada*. Con una extraordinaria eficacia comunicativa, nos habla desde la naturaleza, los paisajes, las costumbres y ritos de las islas de Chiloé y de qué manera el capitalismo está acelerando la pérdida de tierras y formas culturales. La autora crea a partir de la depredación de esas culturas, que ella sigue y documenta poéticamente. Observa en detalle amoroso la destrucción de esas formas de vida. Desde el convencimiento de que nuestro mundo es otro, de que las raíces perdidas son irre recuperables, surge una perspectiva crítica del presente histórico; y a la vez existe en su escritura el impulso de restaurar lo dolorosamente desaparecido que hay que examinar de nuevo en la palabra y con la palabra.

La mirada descarnada sobre la mujer y su lugar en nuestra cultura anima su obra, es una constante poderosa que otorga gran fuerza y originalidad a sus versos.

Palabras de la ministra

Rosabetty Muñoz es dueña de una obra tan única como indispensable en la escena chilena e Iberoamericana. Su poesía situada nos muestra con una extraordinaria eficacia comunicativa la naturaleza, los paisajes, las costumbres y ritos de las islas de Chiloé, y desde esa experiencia, nos da a entender como las actuales dinámicas económicas y sociales pueden cambiar identidades y formas culturales locales.

Desde el convencimiento de que nuestro mundo cambió, de que las raíces perdidas son irrecuperables, surge una perspectiva crítica del presente y una escritura que se ve impulsada a restaurar lo que dolorosamente va desapareciendo. Es así como la poeta evidencia una problemática territorial y cultural, pero también una relacionada a la pertenencia y al hogar, donde asocia estas dimensiones a una madre que cuida y resguarda. Sin embargo, su visión de la mujer no se queda ahí. En su obra hay también una mirada descarnada sobre nuestro rol en la cultura, una constante poderosa que otorga una gran fuerza y originalidad a sus versos.

Su voz original y enorme influencia en la poesía nacional y regional la hizo merecedora del Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda 2024. Este galardón, del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, homenajea al premio Nobel y reconoce a autores y autoras de reconocida trayectoria, cuya obra sea valiosa para el diálogo cultural y artístico de Iberoamérica. Lo anterior ha significado reconocer a poetas como Nicanor Parra (Chile), Gloria Hervitz (México), Ernesto Cardenal (Nicaragua), Antonio Cisneros (Perú), Fina García-Marruz (Cuba), Olvido García Valdés (España), entre otros y otras. El reconocimiento también considera la publicación de una antología, con el objetivo de poner a disposición de la ciudadanía y en nuestras bibliotecas públicas la obra de poetas extraordinarios.

La presente antología reúne los últimos cinco libros de Rosabetty Muñoz: *Ratada* (2005), *En nombre de ninguna* (2005), *Ligia* (2019), *Técnicas para cegar a los peces* (2019), y *La voz de la casa. Ejercicios para vivir el confinamiento* (2021). Quiero destacar que esta publicación se une a *Poesía reunida* (Ediciones Tácitas, 2024), que recopila doce libros publicados por la poeta desde 1981 hasta 2022, y que incluye textos dispersos e inéditos hasta 2024, la que contó con el apoyo del Fondo del Libro y la Lectura de nuestra institución.

Tal como Rosabetty Muñoz dijo en alguna oportunidad: «Encantar a los jóvenes que me toca conocer con la palabra, es mi objetivo principal». Espero que la publicación de esta antología y de su *Poesía reunida* sea una oportunidad para seguir dando a conocer la obra de una de las más grandes poetas chilenas e Iberoamericanas, especialmente en las nuevas generaciones que merecen acceder una obra tan única como fundamental.

CAROLINA ARREDONDO MARZÁN

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Contenidos

TIEMPO DE GUARDA ROSABETTY MUÑOZ

Ratada (2005)	11
En nombre de ninguna (2005)	35
Técnicas para cegar a los peces (2019)	57
Ligia (2019)	103
La voz de la casa.	
Ejercicios para vivir el confinamiento (2021)	135

DE LA ESCRITURA

La voz plural de Rosabetty Muñoz	159
Bibliografía	171
Cronología biográfica de Rosabetty Muñoz	177

PREMIO IBEROAMERICANO DE POESÍA PABLO NERUDA

Sobre el premio	182
Acta del jurado 2024	183
Palabras de la ministra	185



TIEMPO DE GUARDA
ROSABETTY MUÑOZ SERÓN

Primera edición: agosto 2025

ISBN (papel): PENDIENTE

ISBN (pdf): PENDIENTE

**Ministra de las Culturas, las Artes y
el Patrimonio**

Carolina Arredondo Marzán

Subsecretaria de las Culturas y las Artes

Jimena Jara Quilodrán

Jefa del Departamento de Fomento

Claudia Gutiérrez Carrosa

**Secretaria Ejecutiva del Consejo
Nacional del Libro y la Lectura**

Aracelly Rojas Vallet

Edición al cuidado de
Jaime Bristilo
Adán Méndez

**Premios Literarios
Consejo Nacional del
Libro y la Lectura**
Carolina Munita Naím
Isabel Suarez Escobar

**Dirección de Arte
Ministerio de las Culturas,
las Artes y el Patrimonio**
Elena Bravo Castillo
Patricia Salas Riveros

Diseño y diagramación
Estudio Vicencio

© Ministerio de las Culturas, las
Artes y el Patrimonio, 2025.

www.cultura.gob.cl
www.premiosliterarios.cultura.gob.cl

Se autoriza la reproducción parcial
citando la fuente correspondiente.
Prohibida su venta.

Este libro se terminó de imprimir en agosto de 2025 en Santiago de Chile.

El texto fue compuesto con las tipografías Nikola y Wozniak, de los tipógrafos chilenos Sergio Leiva y Rodrigo López. Su interior está impreso con Pantone 7722 U y 7493 U en papel Bond ahuesado de 90 gramos. Las tapas están impresas en papel Arena Rough de 300 gramos, con aplicación de folia holográfica.

Se imprimieron 1.500 ejemplares en los talleres de Ograma Impresores.

El fuego, la luz, los objetos amados
reunidos en capullo
se abren sin aspavientos.

Es la flor de la dicha
que estalla unos segundos
y perfuma, al extinguirse,
los demás momentos del día.